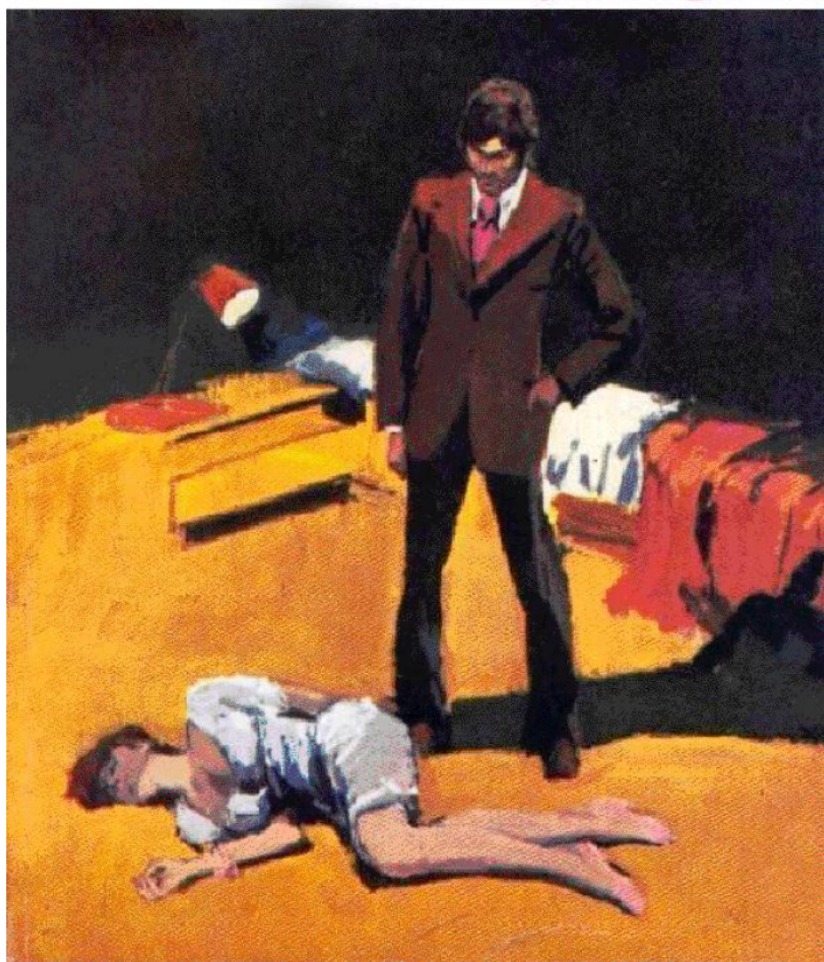


BOLSILLOS BRUJERA
PUNTO
ROJO

muerte para Nelly

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



JOE MOGAR

MUERTE PARA NELLY

Colección **PUNTO ROJO** n.º 688
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 16.060 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1975

© JOE MOGAR- 1975

texto

© DESILO - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Le gustaban los hombres.

Eso fue en lo primero que pensé tan pronto como me abrió la puerta, respondiendo a mi llamada.

Apenas si la miré, pero me dio aquella impresión.

—¿Qué desea? —preguntó.

Llevaba un jersey posiblemente negro o marrón; la luz de la bombilla del recibidor podía cambiar un poco el tono del color. Y unos pantalones, quizá negros.

No me fijé tampoco en su calzado... o en el color de sus ojos o pelo. No era morena ni rubia; no me pareció ser castaña aunque quizá fuese su cabello color caoba.

—Ver a míster Lancaster —respondí tras mi breve examen.

—¿De parte de quién?

Estaba ya cruzando el umbral de la puerta y ella cerrando a mi espalda cuando respondí:

—Joe Merrill.

Un tanto groseramente, porque no me di cuenta debido a los pensamientos que en aquel momento anidaban en mi mente, pasé por delante de ella mientras ella me indicaba la pequeña salita compuesta de dos sillones y un sofá, color blanco, que yo conocía perfectamente bien.

—¿Quiere pasar a la salita de espera, por favor?

Ni siquiera me volví; no repliqué tampoco, continuando con mi grosería, sin darme cuenta por supuesto de ella, y continué adelante, asimismo sin hacer caso de su indicación.

Apenas si di dos o tres pasos cuando oí la voz de John Lancaster:

—Pasa, Merrill; estoy aquí. Creo que respondí:

—Ya entraba, desde luego.

Crucé el umbral y les vi a los dos.

John Lancaster, alto, de unos treinta y cinco a treinta y nueve

años, abogado, y a Henry Callender, fiscal del Distrito V; un poco mayor que Lancaster y bastante grueso.

—Tú no conoces a Nelly, ¿verdad? —No la conocía, pero sabía que era ella, que se llamaba así, pero no se lo dije—. Pues bien, ésta es Nelly. Y éste es míster Merrill.

No me dio la mano ni yo tampoco, cuando respondió, también con una sonrisa:

—Encantada.

—Tanto gusto —respondí.

Se sentó, vuelta de espaldas a mí, y empezó a teclear con dos dedos sobre una vieja máquina de escribir portátil, dándome la impresión, mientras tomaba yo asiento en un sillón, de que o estaba nerviosa, muy nerviosa, o no sabía escribir a máquina; por lo menos, no en aquella máquina.

—¿Qué te trae por aquí?

Desvié mis ojos de Nelly y los fijé en el rostro anguloso de Lancaster.

—Unos papeles —indiqué—. Unos papeles respecto a ese caso que llevas entre manos.

Ya sabes, la mujer esa que con coche y todo se quiso subir sobre un puente sin usar la carretera.

Abrí el portafolios que llevaba y se los entregué.

Fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta y Nelly se levantó para abrir. Me di perfecta cuenta del hecho, como de que allí hacía un calor horrible. Me despojé de la americana y Callender preguntó:

—Hace calor, ¿verdad?

Había la estufa encendida y se lo hice ver, por lo que sin más la apagó. Oí decir algo a Nelly, que no entendí, y me arrellané en el sillón, ahora con el cigarrillo encendido en la mano.

Uno o dos minutos más tarde se fue la visita y regresó a nuestro lado Lancaster.

—¡Diablos! —me dijo—. ¿Es que se ha apagado la estufa?

—La ha apagado míster Callender —respondí, antes que ninguno—. Hace un calor de mil diablos.

—Yo no lo tengo en verdad —intervino Nelly, mientras Lancaster se acercaba a ella—, pero Callender cerró la llave de paso del gas. El... no tiene miramiento alguno conmigo.

Le estaba dando las manos a Lancaster, que las tomó entre las suyas mientras que yo, que en aquel momento estaba en pie, me volvía de espaldas.

Sí, le gustaban los hombres; casi tanto o más que a mí me gustaba ella, a pesar de que, como dije, no me fijé mucho ni en el color de su pelo ni en el de sus ojos.

A partir de entonces no hice mucho caso de lo que dijimos ni de lo que contesté; luego me fui, sabiendo que ya no la volvería a ver más, o si llegaba el caso, estaría de mí tan lejana como las estrellas, pero me equivocaba, aunque sólo fuera en parte.

Leí uno de mis libros aquella tarde, una semana después de mi encuentro con Nelly, y luego, aburrido, sin saber qué hacer, entré en uno de los cines de Independence Hall.

Caía la noche cuando salí a la calle, buscando con la vista un bar donde tomar un *whisky*, para después, ya con el volante entre las manos, conducir hasta Camden, en cuya población tenía mi domicilio.

No pude hacerlo tampoco, aunque aquello en aquel momento no lo sabía.

Entré como digo en el bar, lo crucé de un extremo a otro y fui a colocarme en la barra, en un alto e incómodo taburete.

La muchacha que me sonreía desde el otro lado de la barra era pelirroja de grandes, rasgados y negros ojos.

—¿Qué le sirvo? —preguntó dedicándome una automática sonrisa.

—*Whisky* —dije.

Se fue hacia el otro extremo del mostrador, para regresar a mi lado casi al instante con una botella de *whisky* y un alto vaso con dos cubitos de hielo, que depositó frente a mí, escanciando el licor a continuación.

Se marchaba cuando oí su voz a mi derecha; digo su voz, porque nunca jamás podría equivocarme; sabía que se trataba de ella, aunque hubiese estado yo en el centro de un millar de mujeres.

—Es una sorpresa el verle por aquí, míster Merrill —dijo.

Me volví a mirarla.

Me estaba sonriendo, tendiéndome ahora su mano que tomé entre la mía, mano que abandonó al instante.

—¿Quiere tomar algo, Nelly? —pregunté a continuación de los saludos.

Dijo que sí, e inquirí:

—¿Nos sentamos, o prefiere la barra?

—Creo que estaremos mejor en una de las mesas.

Hice una seña a la muchacha del mostrador, le indiqué asimismo lo que deseábamos, y nos sentamos en un apartado rincón, cara a la puerta de entrada.

Nos miramos en silencio mientras la pelirroja nos servía las bebidas, y tan pronto como dio media vuelta y se alejó de los dos, fue Nelly la que primero rompió el silencio con una pregunta:

—Usted escribe, ¿verdad?

—¿Quién se lo dijo, Nelly? —pregunté a mi vez.

—Míster Lancaster —y acto seguido inició el tuteo—. ¿Qué género? —inquirió.

—De evasión —dije—, aunque de vez en cuando hago algún que otro libro... que se publica con otro nombre... por supuesto.

Se echó a reír.

—Entonces, eres escritor policíaco, ¿no?

—Sí, claro —dije—. Por lo menos, eso es lo que intento.

Durante unos instantes no dijo nada, se limitó a alargar una de sus manos sobre la mesa y la tomé con la mía, mano que de nuevo abandonó al instante.

—Yo podría facilitarle el guión —dijo repentinamente, sin dejar de sonreírme.

—¿Sí...? ¿Policíaco tal vez, Nelly?

La sonrisa se borró de sus labios cuando replicó:

—Por supuesto, querido..., teniéndome a mí como protagonista.

Tomé el vaso, bebí un poco, y aduje luego de soltarlo sobre la mesa, mientras ella retiraba su mano de entre la mía:

—¿Como protagonista? Dime, Nelly: ¿qué clase de protagonista...?

No me dejó terminar.

—Me expresé mal, Joe —cortó—; quise decir que mi verdadero papel en tu nueva novela tendría que ser el de víctima.

Arqueeé una ceja, y la vi reír; reí a mi vez mientras ella añadía:

—Suponte una muchacha, secretaria de un abogado, amiga sin mala intención de un fiscal..., que es perseguida por alguien que

desea matarla...

—¿Por qué querían o quieren matarte, Nelly? —La interrumpí a mi vez.

—¡Oh! Por algo que vi un día, una vez, y que no debí ver.

—Serías un cadáver muy bonito, muchacha.

—¿Verdad que sí, Joe?

Y ambos reímos al unísono, risa que ella cortó al tomar el vaso de *whisky* para beber. Al terminar pregunté:

—¿Has cenado ya?

—Por supuesto que sí. ¿Y tú?

Yo no lo había hecho, pero a pesar de ello respondí.

—Sí, también.

Instantáneamente consultó su reloj.

—Se está haciendo tarde, Joe —murmuró.

Hice una seña a la muchacha de la barra que empezó a rodear el mostrador, mientras decía:

—Si te parece, te acompañaré a tu casa.

—Muy amable —me respondió—, pero no es allí donde quiero ir. No esta noche.

—¿Dónde te llevo entonces? —inquirí.

Su respuesta la cortó la pelirroja de la barra, trayéndonos la cuenta.

CAPÍTULO II

Insistí tan pronto como nos encontramos en la calle:

—¿Dónde te llevo pues?

Me tomó de la mano al responder.

—A un motel. —Hizo una pausa y preguntó—: Tú vives en Camden, ¿verdad?

—Sí, así es —dije, sin saber adónde quería ir a parar.

—Pues bien, en esa carretera hay moteles. Déjame en uno y continúa hasta tu casa —miró a nuestro alrededor y añadió tras unos segundos de silencio—: Tendremos que llamar un taxi.

—No hace falta —repuse—, tengo mi coche estacionado una cuadra más abajo.

Me prendió del brazo y empezamos a andar en silencio hasta el «Pontiac». Subimos, tomé el volante y emprendimos el camino.

No hablamos hasta encontramos frente a la puerta de la cabaña que alquilé para ella, y lo hice yo, luego de que ella abriera la puerta y cruzara el umbral en dirección al interior; luego de que se volviera hacia mí, diciendo:

—Buenas noches, Joe. Hasta la vista.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio y contesté:

—¿Sabes una cosa, Nelly? —no respondió, por lo que añadí—: Me gustaría entrar ahí contigo. ¿Quieres que te haga compañía?

—¿Durante toda la noche?

—Sí, claro.

Me sonrió.

—No, Joe, esta noche no —dijo suavemente—. Tal vez otro día. En la próxima vez que nos veamos. Buenas noches.

—Hasta la vista, muchacha —dije.

Cerró suavemente, me encogí de hombros y salí a la carretera para subir a continuación al «Pontiac» que puse en marcha.

El insistente repiqueteo del timbre de la puerta de mi apartamento me despertó un tanto sobresaltado.

Me lancé de la cama al suelo, lanzando de paso una mirada al despertador; las siete y media de la mañana. Una mala hora para venir a molestar.

Eso fue en lo que pensé cruzando ya el dormitorio en pijama, hacia la puerta de acceso a la calle. El timbre no cesaba de llamar, por lo que un tanto malhumorado pregunté:

—¿Quién es? Conteste, ¿quiere?

La respuesta, mientras el timbre callaba ahora, me sorprendió:

—La policía. Abra, míster Merrill.

Hice girar la llave en la cerradura, quité el cerrojo y franqueé el paso.

Eran dos.

De uniforme ambos, llevando en las camisas la estrella, la consabida estrella de cinco puntas.

—Me llamo Red

O'Sullivan,

marshall de Camden, como habrá supuesto, míster Merrill —dijo el más viejo de los dos—. ¿Podemos pasar?

Me aparté de la puerta, cruzaron el umbral, y cerré a nuestra espalda en tanto que miles de preguntas nacían en mi mente, de las cuales no formulé ninguna, limitándome, pues, a esperar.

—Desde luego usted es míster Merrill, ¿verdad? —añadió el *marshall* tan pronto como nos encontramos en el *living*.

—Desde luego —retruqué.

Miraban ambos a nuestro alrededor. Sullivan frente a mí, y su ayudante, al que no me presentó, junto a la puerta, como guardando la salida, como guardando una posible vía de escape.

Aquello, desde luego, no era ni mucho menos la visita a alguien que ha contravenido las leyes del tráfico; no era, tampoco, una multa más o menos.

No pregunté empero.

Me limité a seguir esperando.

Siguieron unos cuantos segundos de silencio, que repentinamente

O'Sullivan

cortó con una pregunta:

—¿Por qué no se viste y viene con nosotros, míster Merrill?

—¿Dónde? —pregunté a mi vez.

—Verá —la voz del *marshall* de Camden no cambió—. Nos gustaría enseñarle algo.

—¿Importante?

—Sí. Muy importante.

—¿Puede adelantarme algo?

—Sí, claro, pero no deseo hacerlo, a menos que usted me obligue. Mi visita, por ahora, es de pura fórmula, ¿comprende?

Lo que en otras palabras quería decir que más tarde, tal vez, no lo fuera.

—Deme tres minutos para cambiarme —dije.

Di media vuelta y penetré en mi dormitorio, no sin antes indicarles por señas que tomaran asiento.

En contra de lo que esperaba, ninguno de los dos me siguió hasta allí; tampoco me apremiaron para que saliera; lo hice, por supuesto, cuando terminé, y al enfrentarles de nuevo inquirí:

—¿Usamos mi coche o el de la policía?

—Tengo en la puerta un coche-patrulla —indicó

O'Sullivan

—. ¿Nos vamos?

Dije que sí con un gesto y abandonamos mi apartamento.

El coche empezó a rodar, sin que

O'Sullivan

hiciera uso de la sirena; atravesamos varias calles, sin pronunciar ninguno la más mínima palabra, hasta que diez minutos más tarde nos detuvimos frente a un edificio de paredes grises, sucias, ajadas por el tiempo, y en cuya puerta de entrada, sobre la puerta, había un letrero que me hizo estremecer sin que aún supiera por qué:

«MORGUE»

Descendimos instantes después del coche, también sin pronunciar una sola palabra, notando yo como el *marshall* me miraba de soslayo, cuando creía que no le observaba a él.

Entramos por fin, el uno detrás del otro, en silencio, siempre en silencio, que a medida que avanzábamos se hacía más agorero, más siniestro también, como haciendo eco del que reinaba en aquella

especie de casa de los muertos, por largos y vacíos corredores, oliendo todo ello a fenol, a desinfectante, hasta que ante nosotros se abrió la que juzgué que sería la última puerta.

El tipo que vi era alto, huesudo, en bata blanca, lentes con montura de oro, pequeño bigote sombreando el labio superior, con nieve en el cabello y en las sienes.

No me lo presentaron tampoco, pero oí claramente como O'Sullivan le decía:

—Muéstrenos el número ocho, doc.

Se acercó a una especie de armario, tiró de uno de los cajones de plomo montados sobre raíles y vi el bulto alargado, cubierto con blanca sábana, delante de mis ojos, y luego, casi a continuación, la seña del *marshall* al forense y seguidamente sus palabras dirigidas a mí:

—Eche un vistazo a eso, míster Merrill, ¿quiere?

Lo hice, y mi estómago se contrajo fuertemente mientras hacía sobrehumanos esfuerzos para que mi rostro no delatara la sorpresa que sentía en aquel momento; la horrible sorpresa, más bien.

—¿La conoce?

La voz del *marshall* de Camden sonó en mis oídos como algo lejano, muy lejano, y al responder, no pude evitar que mi voz sonara ronca en tanto que algo parecido al odio, o el odio tal vez, contra alguien, contra un desconocido, brotaba en mi interior como algo incontrolable.

—Se llamaba Nelly —dije, sin poder apartar los ojos del cadáver de la muchacha.

—¿Nelly? ¿Y qué más?

—No lo sé —dije con los ojos ya fijos en él.

—¿No?

—No —retruqué—, aunque puedo decirle dónde trabajaba.

—¿Y...?

—En Independence Square, ya sabe. La plaza de la Independencia, número dieciséis.

Como secretaria del fiscal del Distrito VI. Hay también un abogado con ellos.

—¿La conocía a ella bien, míster Merrill?

—Anoche la vi por segunda vez —dije.

—Lo que en otras palabras quiere decir que fue usted el último en verla viva.

—Salvo un ligero error, así es, *marshall* —repuse, procurando que mi cólera no surgiera a flote.

—¿Y cuál es el error?

—Le creí a usted un poco más listo. Me refiero, en concreto, al asesino. Al que la mató, por supuesto.

—Por supuesto, míster Merrill —repitió él, que hizo una ligera pausa para preguntarme al finalizar aquélla—: Y ese picapleitos, ¿le conoce usted?

—Desde hace años. Estuve con él un largo tiempo, y luego me largué de allí.

—¿Le despidió por causa de la chica?

—Me fui yo, y no por causa de la chica. Ella, como le dije, era desconocida para mí, exactamente lo mismo que el fiscal. No obstante fue ésa la excusa que di para retirarme.

—Explíquese, ¿quiere?

—Le dije a míster Lancaster que ya que ellos iban a ocupar su despacho, pues habían formado sociedad, yo me retiraba. Puse mi carácter, un poco violento, como pantalla. Ya sabe, eso que le manden a uno o traten de mandarle de un lado para otro, como si fuese una marioneta o poco menos.

—¿Cuál fue la causa verdadera?

—Hay un tipo que vive fuera de Filadelfia —respondí—, un tipo que no me gusta.

—¿Y...? —repitió él por segunda vez.

—Bueno, ellos son muy amigos... se separaron por cuestiones de negocios, y míster Lancaster fue despedido de la casa de ese tipo, pues era su abogado. Luego, al parecer, este tipo, repito, se vio en dificultades y lo volvió a llamar.

—¿Y aquello no le gustó?

—No. Pero observo que nos estamos apartando de la cuestión, *marshall*.

—Sí, así es. Explíqueme ahora qué fue lo que ocurrió entre esa Nelly y usted anoche.

—Tomamos un *whisky* en un bar —le di el nombre que anotó y proseguí tan pronto como lo hubo hecho—: Luego dije de acompañarla a su casa pero se negó a ello sin especificar el motivo.

Me pidió que la condujera a un motel, lo hice, y cuando dije de acompañarla, también se negó, diciendo que en otra ocasión, en otro momento. Entonces me marché directamente a mi casa, para encontrarme horas más tarde con usted. —¿A qué hora llegó, míster Merrill?

—No me fijé, *marshall*, y lo lamento. De saber que iban a matarla, que se iba a cometer un asesinato en el cual me iba a ver mezclado de un modo u otro, hubiera controlado mi tiempo al segundo. ¿Algo más?

—No, por el momento no, pero no se mueva de Camden o de Filadelfia, en último lugar, sin que yo lo sepa. Usted escribe, ¿no?

—¿Quién se lo dijo a usted?

—Tenemos medios de información, míster Merrill, ¿verdad?

—Sí, así es —lancé una fugaz mirada al cadáver de Nelly y añadí mirándole a los ojos—. Quizá ella, con su muerte, me dé pie para escribir una nueva novela.

—¿Sí...? Explique eso, ¿quiere?

—Es sencillo, polizonte —dije, harto ya de sus preguntas y de las sospechas hacia mí que parecía latir en cada una de ellas—, voy a empezar a hacer preguntas yo también. Es mi profesión. Algo así como la del periodista, pero en otro sentido. Luego quizá me calle, lo guarde todo para mí, o haga un libro tratando de que se publique.

—Usted no va a hacer nada de eso.

—¿No...? Pues no veo el medio de que lo pueda evitar. Usted vive por esa placa de policía, y yo vivo de mi pluma, de la máquina de escribir, de mi imaginación si lo prefiere así, y no voy a cambiar de profesión porque a usted se le meta en la cabeza —hice una ligera pausa y añadí pensativamente—. El caso, y le digo la verdad, es que no vi a la muchacha nada más que dos veces. Una en Independence Square, y la otra anoche, y me gustaba ella. Es... como si alguien hubiera quitado de en medio algo que sin serlo, yo ya empezaba a conceptuar como mío, *marshall*. Lo lamento, pero voy a tratar de escribirlo todo. ¿Algo más?

—No, nada... salvo lo que ya le dije antes. Ahora, si quiere, podemos llevarle en el coche hasta su casa.

—Gracias; es usted muy amable, *marshall* —respondí con sorna—. Por el momento sólo deseo pasear.

Salí a la calle, sin más, y también sin lanzar ni una sola mirada al cadáver de Nelly.

CAPÍTULO III

Entré en el primer bar que me vino al paso donde desayuné, y de nuevo, una vez caminando por la acera, distinguí una cabina telefónica. Medio dólar para usar el teléfono.

No lo hice.

Continué, pues, caminando lentamente, como si no tuviera prisa por llegar a parte alguna, lo que en aquel momento era una realidad. Luego, de un modo repentino me encontré frente a la puerta de acceso a la escalera donde tenía mi vivienda.

No dudé; entré en el portal, tomé el ascensor, y miré el reloj de pared tan pronto como me vi solo, sin que durante todo el camino hasta allí, sin que aún ahora, en aquel momento, dejara de pensar en el asesinato de la muchacha.

Escancié *whisky* del bar instalado al fondo del *living*, y con el vaso en la mano tomé asiento en uno de los sillones.

¿Un libro, una novela...? ¿Escribir... un prólogo, o empezar simplemente por el primer capítulo?

Sacudí la cabeza; estaba divagando y aquello no me gustaba. Me gustaba tan poco como me había gustado la intempestiva visita de la policía en mi casa.

Había dejado a Nelly en un motel de la carretera, viva, completamente viva, dentro de los límites de la demarcación de Filadelfia, y sin embargo fue el *marshall* de Camden quien...

Dejé de pensar súbitamente, llevé el vaso a mis labios y apuré el licor de un sorbo.

Eran las doce y veinte minutos de la mañana cuando abandoné el apartamento yendo directamente al garaje donde guardaba el coche.

«No abandone Camden o en su defecto Filadelfia...».

Me encogí de hombros, me situé al volante y poco después alcancé la carretera en dirección a la ciudad.

Entré en un bar de la 19th Street, tomé de la barra el periódico y mientras pedía un café lo hojeé.

Nada; al parecer, Nelly, secretaria de un fiscal, no era persona lo suficientemente importante para que su nombre, con su asesinato por supuesto, emborrachara con sus grandes letras negras las primeras páginas de los periódicos.

El barman estaba frente a mí, poniendo la taza sobre el mostrador, y le pregunté:

—¿Tiene algún otro periódico?

—No. Éste es el único.

Y señaló con su dedo el ejemplar del *Mirror* que yo acababa de soltar.

Respondí dando las gracias y me abismé en mis meditaciones.

Empezaba a anochecer cuando sin saber por qué me decidí a efectuar una visita.

El Choco.

Aquél era el bar donde estuve tomando con Nelly, pero no fui allí de primer intento, sabiendo que posiblemente la pelirroja de la barra estaría ocupada con los clientes.

Sea como fuere de nuevo me vi conduciendo, desandando el camino, hacia el motel donde la noche anterior dejara a la secretaria.

Encendí los faros de carretera veinte minutos antes de llegar, y luego estacioné el coche junto a la entrada del bar del motel, descendí del «Pontiac», crucé el umbral de las acristaladas puertas y empecé a andar por entre las mesas hacia la barra.

El hombre que había detrás del mostrador era grueso como un tonel de vino, de abultado vientre, de cara de luna llena y de ojos porcinos.

Era, en fin, el mismo hombre que la noche antes me alquilara la cabaña para Nelly, donde yo, ¿para qué negarlo?, había esperado pasar la noche también.

Vi en sus ojos la sorpresa, y cómo instantáneamente se ponía en guardia, aunque preguntó con voz firme:

—¿Qué va a tomar, míster...?

Sin darle mi nombre, como tampoco se lo di cuando acompañé a la muchacha respondí:

—*Whisky*, por favor.

Me lo sirvió con mano que temblaba.

Al hacer ademán de apartarse, se lo impedí con una pregunta:

—Se acuerda de mí, ¿verdad?

Sus ojos se helaron.

—Sí así es —dijo.

Deje un pequeño lapso de silencio antes de formular la siguiente pregunta.

—Y ahora que me recuerda —dije—, ¿quiere decir qué ocurrió aquí, luego que me marché?

—Eso ya se lo dije a la policía.

—Correcto, se lo dijo a la policía —repliqué—, ahora, dígamelo a mí, ¿quiere?

—Escuche, yo...

Di un paso hacia el mostrador, uno solo, y le prendí con ambas manos por la camisa, atrayéndolo contra el mostrador, pegando su estómago contra el filo.

—Quiero que me lo diga a mí, ¿comprende?

Su frente se perlababa de transpiración.

—Va a lograr que me enfade —dijo—, y que luego llame a la policía.

—Tiene el teléfono al alcance de su mano, amigo —y apreté un poco más—. ¿Quiere contestar? Vamos, hable. ¿Qué fue lo que ocurrió?

Tiré hacia mí, antes de que lograra responderme, y luego le empujé contra la estantería que tenía a su espalda, haciéndola crujir con tintineo de botellas. Después empecé a andar hacia un extremo del mostrador, con ánimo de rodearlo pero no me dejó.

—Espere, amigo —dijo.

Me detuve.

—¿Sí...?

—Bueno, en realidad, es poco lo que sé, y también muy poco lo que dije a la policía.

—¿Qué fue...?

—Sencillamente que usted llegó con esa muchacha, y que luego, al cabo de una media hora, me llamaron para pedirme una botella de *whisky*.

—¿Que le...?

Me interrumpió con un gesto.

—¡No me diga que no fue usted! —exclamó—. Una botella de *whisky*, para la cabaña número ocho, y ésa fue la que usted alquiló. ¿No es verdad?

—Continúe, por favor —indiqué, cada vez más interesado.

—Había en la barra un matrimonio por lo que respondí que esperara usted un poco, que se la llevaría en seguida. Conduje pues al matrimonio a la cabaña número cinco, regresé aquí, con la botella de *whisky* en la mano me acerqué allí, y fue entonces cuando me di cuenta de que faltaba su coche; ese mismo coche que le ha vuelto a traer aquí ahora.

—¿Y qué hizo usted?

—Llamé a la puerta que estaba solo entornada. Nadie contestó por lo que entré sin más, al darme cuenta de que las luces estaban encendidas, y ella, esa muchacha que trajo usted, estaba en el centro del *living*, caída boca abajo, con un tiro en la frente. Me di cuenta de eso porque rodeé el cadáver y pude verlo.

Retrocedí unos pasos acercándome al lugar donde estaba mi vaso de *whisky*, mientras él añadía:

—Llamé a la policía. Luego de explicarles todo, de darles el número de las placas de su coche, se fueron después de llevarse el cadáver.

—¿Por qué llamó a Camden y no a Filadelfia? Sonrió.

—Esto, a pesar de lo que la mayoría de los conductores creen, pertenece a Camden. ¿O no lo sabía?

No respondí a su pregunta, y me limité a beber hasta mediar el vaso. Al depositarlo de nuevo sobre la pulida superficie del mostrador, dije:

—¿Está seguro de que fui yo quien le pidió esa botella de *whisky*?

—¿Y no fue así?

—No, de ningún modo, o la policía ya me hubiera detenido.

—Sí, claro, eso fue lo que pensé cuando le vi entrar. Y... ¿quién era esa muchacha?

—Se llamaba Nelly —dije distraídamente—, y trabajaba de secretaria en las oficinas de un amigo mío.

Tomé el vaso y apuré el resto del licor.

Las palabras que Nelly pronunciara en el bar, sentada frente a mí, repiqueteaban con redoble de campanas en el interior de mi

cerebro.

Ahora sabía que no estaba bromeando, que no bromeó, sino que habló bien en serio cuando me dijo que tal vez ella pudiera facilitarme el guión para una de mis novelas; para una buena novela.

«Por algo que vi...»

Ésas o parecidas palabras fueron las que pronunció también.

Miré al tipo de la barra que tampoco me quitaba ojo de encima, y pregunté:

—¿Puedo usar su teléfono?

Fuera había caído la noche.

—Tiene una cabina detrás de aquellas cortinas —respondióme indicando de paso el otro extremo del bar—. Úselo.

Di las gracias y me encaminé allí.

No deseaba hacerlo, pero no tenía más remedio. ¿Qué sabía de Nelly? Nada, sólo lo que Lancaster me dijo de ella, pero no lo que se guardó. Incluso desconocía su domicilio, cuya puerta de entrada posiblemente habrían precintado los de Homicidios.

Entré en la cabina y disqué.

Casi en el acto oí su voz al otro lado de la línea.

—¿Dígame...?

—Soy Merrill, Lancaster —dije.

—¡Hola, novelista! ¿Qué quieres?

—Molestarte un poco —respondí, tratando de que mi voz no se alterara—. Dile a Nelly que se ponga. Quiero hablar con ella.

—¡Cuernos, Merrill; no me digas que ya estás tratando de conseguir una cita con...!

—No es por ahí, picapleitos —respondí—. Es que tengo un trabajo enorme, y quiero, si puede hacerlo y tiene tiempo libre, que me pase a limpio el borrador de mi última novela —lo que era mentira pues jamás, ni aun con mi primer novela, tuve que hacer borrador alguno—. ¿Quieres darme la dirección de su domicilio?

Hubo un largo silencio al otro lado del hilo, que no interrumpí. Mi amigo Lancaster estaba sosteniendo una lucha consigo mismo y era él solo, sin ayuda de nadie, quien tenía que ganarla o perderla.

—Nelly ha muerto, Merrill —dijo después—. Y creí que tú ya lo sabías.

—¿Te lo dijo la policía?

—Sí. El teniente Cliff Kane del Departamento de Homicidios estuvo conmigo esta madrugada haciendo infinidad de preguntas.

—¿Sobre mí?

—Sí, algunas —dijo sin mentir—. Dijo...

—Que anoche salió conmigo, ¿no es así? Bien, es cierto, pero yo no la maté, si eso te sirve de consuelo. Ahora, ¿quieres darme su domicilio?

—¿Para qué diablos...?

—Escucha, Lancaster —y a pesar de todos mis esfuerzos para que resultara lo contrario, mi voz se transformó en papel de lija, como si mi boca y garganta estuvieran llenos de clavos oxidados—, tú eres mi amigo, ¿no? Pues si es así, dame esas señas. Nadie va a saber que fuiste tú el que me las facilitó.

No vacilé ahora, sabía positivamente que sería así.

—En Peun Square, número 518, piso decimocuarto, apartamento C.

Colgué incluso sin dar las gracias y regresé al mostrador donde el tipo gordo no se había movido; donde sus ojos seguían todos y cada uno de mis movimientos; incluso el de mi mano cuando la introduje en el bolsillo para sacar un dólar, que deposité junto a mi vacío vaso.

—Guarde el cambio y gracias —dije, dando ya media vuelta para acercarme a la puerta de salida.

Me volví a mirarle desde allí; el tipo corría al interior del establecimiento, probablemente hacia la llamada trastienda, para ponerse en contacto con la policía.

Según él, el asesino de una muchacha, de la muchacha, había vuelto con toda frescura al escenario del crimen.

Tomé el volante y emprendí el camino de Filadelfia.

Consulté el reloj del *tablier* tan pronto como di vista a Peun Square.

Detuve el «Pontiac» frente a un bar, descendí, y mezclado entre la gente busqué el número del edificio donde en vida, Nelly había tenido su casa.

CAPÍTULO IV

Lo primero que me llamó la atención, cuando me encontré frente a la puerta del apartamento, fue ver que en contra de toda suposición, no había precinto en la puerta, y que por debajo de aquélla se filtraba la luz.

Miré a mi alrededor, a todo lo largo del pasillo, en ambas direcciones, y acto seguido pegué el oído a la madera.

El silencio más absoluto me llegó desde el interior, lo que no significaba nada por supuesto; tanteé luego la puerta. Estaba cerrada, por lo que, con los ojos fijos en la línea de luz que veía junto a mis pies, hundí el dedo pulgar en el botón del zumbador.

Hubo unos segundos de silencio y repentinamente oí a través de la madera la pregunta y me estremecí violentamente, porque aquella voz, de mujer, sólo la había oído una vez, pero, y era lo más sorprendente, se había grabado a fuego en mi subconsciente:

—¿Quién es?

—Un telegrama —dije, usando un viejo truco.

—Páselo por debajo de la puerta.

—Lo haría si no necesitara su firma —fue lo que le respondí, siguiendo el viejo truco.

—Un momento por favor.

Oí la llave entrando en la cerradura, cómo giraba después, y luego cómo quitaba el pestillo; casi al instante la puerta se abrió, y la pelirroja que la noche antes nos sirviera a Nelly y a mí, quedó enmarcada en el umbral.

Una pelirroja que abrió mucho los ojos, y que con un ligero grito hizo ademán de empujar la puerta. No la dejé; empujé a mi vez, en sentido contrario, y con un nuevo y ligero grito, ella retrocediendo y yo avanzando cruzamos el umbral hasta el centro del pasillo.

Cerré a mi espalda, empujando la hoja de madera con el pie y avancé hacia ella que con los ojos desorbitados siguió retrocediendo

hasta que, de un modo repentino, dio media vuelta y corrió hacia el interior del apartamento.

Fui detrás.

En el *living* la alcancé, pero demasiado tarde, pues ella estaba en pie, al lado del sofá, junto a su bolso ahora abierto y llevando una pequeña automática en la mano, con la cual me apuntaba.

—Si da un paso más... —Y su voz era oscura.

Me detuve, porque no podía hacer otra cosa.

Vestía una sencilla blusa por cuyo escote vi el nacimiento de los senos, y minifalda; las piernas, esbeltas y largas, iban cubiertas con medias color carne y usaba zapatos de alto tacón.

A su derecha quedaba el teléfono.

—No se mueva —silbó entre dientes, más que dijo.

Y caminando de lado se fue acercando al teléfono; alargaba la mano para tomar el auricular, cuando dije:

—Tendrá que usar ambas manos para marcar, querida. Si no le parece mal, ¿por qué no deja que sea yo el que llame a la policía? ¿O no era eso lo que va a hacer?

—Se cree un gracioso, ¿verdad?

—Por supuesto que no —negué seriamente—. En este momento no creo en nada, como no sea en la equivocación que va a cometer, pelirroja. Yo no maté a Nelly. Y hablando de ella —añadí sin transición alguna—, ¿puede decirme qué hace en su apartamento?

—Estoy en mi casa, tipo listo —respondió—. Nelly y yo vivíamos juntas, desde hace más de un año.

—Entonces la conocía bien, ¿verdad?

Arqueó una de sus cejas de modo imperceptible.

—Sí, así es, pero no creo que a usted le importe eso mucho.

—En realidad lleva razón, muchacha —dije—, a no ser que su caso me interesa. El de Nelly por supuesto. Escribo, ¿sabe? Mi única arma es la máquina de escribir y el bolígrafo, y no creo que con eso se pueda matar a nadie, de un balazo en la cabeza. Dígame, ¿qué amistades tenía Nel...?

—¡Conque un plumífero! —exclamó—. Confieso que nunca lo hubiera sospechado.

—No en el sentido que usted le da a la palabra.

—No, puede que no —hizo una pausa, un gesto perentorio con la automática, y pidió—: ¡Vuélvase de espaldas, o disparo!

Le miré a los ojos.

Sus pupilas se habían achicado formando casi dos rendijas.

Empecé a girar en redondo sabiendo que hiciera lo que hiciese para convencerla sería en vano.

Mediaba el giro cuando me dejé caer al suelo.

Casi en el acto estalló el disparo, oí junto a mi cabeza el paso de la bala, su chasquido cuando se empotró en el marco de la puerta, y entonces salté contra sus piernas mientras que la segunda bala chamuscaba mis cabellos.

Luego, ambos, estrechamente abrazados, rodamos por el suelo, hasta que logré de un manotazo, arrebatarle el arma.

—¿Vas a estarte quieta, pelirroja? —inquirí, apartándola de mi lado de otro manotazo y poniéndome a continuación de rodillas, apuntándola yo ahora.

Su rostro era un papel de fumar en su blancura cuando tartamudeó:

—¿Va... va a matarme también?

Me puse en pie y ella empezó a retroceder de espaldas.

—Siéntese —dije.

Temblaba, sus pechos se agitaban bajo la blusa cuando se dejó caer en un sillón.

—¿De verdad cree usted, muchacha, que yo la maté?

—Usted... Usted estaba con ella anoche —dijo.

—Sí, así es —repliqué—, pero no creo ser yo con el único hombre que Nelly salía.

—Entonces...

Lancé, ante su estupor, lo vi en sus ojos, la automática que empuñaba, hacia el sillón que había a su lado, e indiqué el teléfono:

—Llame a la policía, muchacha, si con eso va quedar más tranquila.

—Me llamo Jo Ann

O'Brien

—me respondió—, y no voy a hacer nada de eso, por el mo...

Unos fuertes golpes dados contra la puerta nos sobresaltaron a los dos, y también los dos al mismo tiempo nos pusimos en pie, mirándonos a los ojos.

—Alguien ha oído los disparos —fue ella quien habló primero—. No se mueva de aquí. Trataré de convencerlos, si no es la policía, de

que no ha pasado nada.

Dejé que se fuera, pero tan pronto como la perdí de vista en el pasillo fui acercándome a la puerta de acceso a su dormitorio, o al de Nelly, cuya puerta estaba abierta, sabiendo que desde una de las ventanas podía alcanzar sin esfuerzo alguno la escalerilla de emergencia para caso de incendio.

Escuché cuando me vi casi bajo el marco.

La oía hablar, con voz perfectamente tranquila, aunque no pude distinguir cuáles eran sus palabras, qué era lo que decía.

Unos segundos más tarde estaba a mi lado, junto a su bolso, con una pregunta en sus labios.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—¿Dónde quiere que la lleve?

—Al Choco por supuesto. Tengo que trabajar. Hoy... Bueno, la policía no me dejó dormir esta madrugada, con el asesinato de la pobre Nelly —y sus hombros se estremecieron—, por lo que pedí permiso para esta tarde, Me lo dieron, si luego iba a trabajar hasta que cerraran el bar, y dije que Sí.

—La llevaré —señalé el arma que continuaba en el sillón—. ¿No se lleve ese cacharro? —pregunté.

—Sí, claro.

La tomó, la guardó en el bolso, y pasó delante de mí.

Abrió la puerta de acceso a la escalera, la seguí hasta el ascensor, cuyo botón de llamada pulsó, y cuatro minutos más tarde nos encontrábamos en la planta baja, caminando hacia la puerta de la calle.

La llevé, casi en silencio, hasta el Choco, en cuya puerta la dejé.

Consulté el reloj.

Había dicho que mis armas eran... Bueno, pues estaba equivocado.

Con el tiempo justo para hacer lo que deseaba conduje ahora hasta Broad en una de cuyas armerías entré.

Cinco minutos más tarde, entre el cinturón y la camisa, llevaba un «Colt Cobra» calibre 22, y en mi mente se revivían escenas de la guerra de Corea. No había usado arma alguna desde entonces, y pedía en mi fuero interno no tener que volver a usarla.

Regresé al Choco, conduciendo despacio, pero aun así alcancé el bar con media hora de antelación a la prevista; a la hora de salida

de la pelirroja Jo Ann. Esperé pues.

No le pedí por supuesto a Jo Ann entrar con ella en su apartamento, sino que esperé, luego de haberla recogido de madrugada en el bar, a que cerrara la puerta, cosa que hizo después de darme las gracias y las buenas noches, y dando media vuelta caminé hacia el ascensor, con el pensamiento puesto en Camden y en la policía que no me había molestado para nada, pero sólo pude dar dos pasos en aquella dirección, ya que en aquel momento la oí gritar.

Giré a la inversa, hice ademán de cargar contra la puerta, justo en el momento en que ésta se abría dando paso a la muchacha, con el rostro desencajado y los ojos muy abiertos, llenos de sorpresa, de miedo también.

—¿Qué es lo que ocurre, Jo Ann? —pregunté precipitadamente, ya con la mano derecha sobre la culata del revólver.

Ella, por toda respuesta, señaló hacia el interior del apartamento, con una mano, que colocó sobre su hombro.

La aparté a un lado, arma en mano, y crucé el umbral, para detenerme sin cruzarlo, mirando las dos puertas abiertas de acceso a los dormitorios, que se veían al fondo, y a continuación seguí andando, llevándola ahora detrás.

Todo estaba revuelto, como si un huracán hubiese devastado la habitación, el *living*, y todo cuanto allí había. Ropas de mujer estaban esparcidas sobre la cama, en el suelo, cartas, papeles, álbumes de fotografías, etcétera.

Oí a mi espalda su agitada respiración y me volví a mirarla.

—¿Sabe quién lo hizo, Jo Ann?

—¿Pero cómo se le ha ocurrido una idea como ésa?

—¿Tiene una maleta?

Abrió mucho los ojos.

—Sí, claro —dijo—. ¿Por qué?

—Meta todo lo que pueda en ella, y vámonos.

—¿Qué...? Pero, oiga...

La interrumpí con un movimiento de mi mano.

—Una pregunta nada más, Jo Ann —dije—; ¿sabe a lo que Nelly se refería cuando dijo que quizá la mataran porque había visto algo que necesariamente no debió ver?

Su expresión de sorpresa, que también nació en sus ojos, no era fingida ni mucho menos.

—¿Que ella le dijo...?

Señalé las prendas esparcidas por el suelo y añadí, todo lo más brutalmente que pude:

—El asesino de su amiga piensa lo contrario, Jo Ann. Por lo tanto, tome sus cosas, y si no quiere que la mate a usted también, venga conmigo.

No me respondió, por lo que empecé a ayudarla. Medias, combinaciones, prendas más o menos íntimas, un par de vestidos, todo fue a parar dentro de la maleta, que cerramos entre los dos.

No preguntó dónde la llevaba cuando una vez más en el término de pocas horas tomé el volante y con aquello el camino de Camden.

La policía, en la persona del *marshall* O'Sullivan,

me estaba esperando en el interior de mi apartamento.

Nos miró a ambos cuando entramos, pero yo fui, de los tres, el que rompió el silencio, mientras que en los ojos de Jo Ann se plasmaba la sorpresa.

—Esto, el juez, lo llamaría allanamiento de morada, *marshall*.

No se alteró, por supuesto.

—Posiblemente sí, pero traigo la orden de cateo en el bolsillo. ¿Quiere verla, míster Merrill?

Denegué con la cabeza, indicando de paso a Jo Ann que no se movía:

—Hay un dormitorio allí, muchacha. Si quiere, puede dejar la maleta dentro. También, si quiere, puede volver. Al parecer, el *marshall* quiere hacernos unas preguntas, luego de registrar el apartamento, si es que no lo ha hecho ya en mi ausencia.

—Desde luego ya lo hice, míster Merrill.

—¿Y encontró el arma homicida?

Jo Ann ya estaba yendo, maleta en mano, hacia el dormitorio, cuando

O'Sullivan

preguntó:

—¿Qué arma?

—Vamos, teniente —repliqué con soma—, no me diga que no vino a buscar aquí el arma con la que mataron a Nelly.

Hubo unos segundos de silencio y repentinamente preguntó:

—Usted ha comprado una, ¿verdad?

—Sí, así es. Un «Colt Cobra» calibre 22. ¿Quiere verlo?

—¿Lo registró? —inquirió

O'Sullivan

sin responder a mi pregunta.

—Si no lo hubiera hecho así, *marshall*, usted no lo sabría.

Hubo otro nuevo silencio mientras Jo Ann regresaba de la habitación, y que también el propio policía rompió:

—Dígame, míster Merrill, ¿para qué quiere un veintidós?
¿Piensa matar a alguien?

Forcé una sonrisa.

—No —dije—, aunque esto nunca se sabe.

—Más que registrar su apartamento —respondió—, vine a darle un consejo. ¿Lo quiere?

—Si es bueno, un consejo, nunca está de más, polizonte. Vamos, suéltelo.

—Tenga cuidado no vaya a ser que ese revólver se vuelva contra usted.

Salió, ante mi estupor, sin hacer una pregunta más, sin dirigirle tampoco una sola mirada a Jo Ann, sin dirigirle asimismo la palabra.

CAPÍTULO V

Nos enfrentamos los dos tan pronto como se hubo ido.

—Ese policía está tratando de darte un disgusto —dijo ella.

—Sí, así es.

—Y lo más raro de todo es que no te ha preguntado nada, de lo que indudablemente quería preguntarte. Tampoco a mí me dijo nada.

—Debe conocerte.

—Sabe, desde luego, dónde trabajo y quién soy. Camden y su demarcación no es tan grande como para que la policía local no nos conozca a todos.

Vi cómo a continuación consultaba su reloj e inquirí:

—Estás cansada, ¿verdad?

Y fue en aquel preciso instante cuando me di cuenta de que nos estábamos tuteando. —Tengo sueño, ésa es la verdad, y son más de las tres de la mañana— miró a nuestro alrededor y continuó—: No me gusta que luego de estar en tu casa duermas en el sofá.

—En ese caso tendrás que hacerlo tú —dije con una sonrisa.

Me la devolvió diciendo:

—Esa cama es lo bastante amplia para que podamos usarla los dos. Joe.

No respondí, tampoco dije nada cuando poco después la tomé en mis brazos notando que era fuego todo lo que había en ella.

Detuve el coche en Georgetown, en el Distrito de Columbia, y entré en el garaje, lleno de coches, alguno de los cuales estaban siendo reparados.

Pregunté al primero que me salió al paso:

—Estoy buscando a Dan Brandon, ¿está aquí?

El hombre, casi un muchacho, tocado con una simple camiseta, pantalones vaqueros, las manos llenas de grasa, y en la derecha un

llave inglesa, con pelo negro, largo, cayéndole casi sobre sus hombros, señaló hacia una de las «fosas» abiertas en el suelo.

—Está allí, arreglando los frenos a ese coche.

—Gracias —respondí, yendo ya hacia el lugar indicado.

Me incliné al borde de la «fosa» y pregunté:

—Dan Brandon, ¿verdad?

Era joven también; su edad oscilaría entre los veinte y los veinticinco años, y su pelo era también largo; el rostro cubierto de grasa, igual que las manos y la ropa que llevaba; un mono azul, sucio, muy sucio.

Dejó la llave que tenía en la mano, casi justo a mis pies, y arqueó ambas pobladas cejas, de pelos tan duros que parecían cerdas.

—Sí, así es. ¿Qué quiere, viejo? ¿Se le estropeó el coche?

Negué con la cabeza.

—No —dije—: Sólo vine a hacer unas preguntas.

Sus ojos cambiaron de expresión, y sin esfuerzo alguno me di cuenta de que el mecánico se había puesto instintivamente en guardia.

—Preguntas sobre una clienta suya; una muchacha llamada Nelly, que traía de vez en cuando su coche a reparar aquí (aquello me lo había dicho Jo Ann la noche anterior). La mataron, ¿sabe? Quiero saber cuándo fue la última vez que la vio.

Dudó él unos segundos y finalmente preguntó:

—¿Policía?

Le devolví la sonrisa.

—No, ni mucho menos. Soy escritor. Escritor policíaco. Estoy escribiendo una novela y necesito datos.

—Sobre *miss*...

—Exactamente —corté—. Sobre Nelly.

Su sonrisa se amplió, hizo un gesto expresivo con los dedos y luego contestó, como ampliación a lo que sus dedos me decían.

—Eso cuesta dinero, plumífero. Las informaciones se pagan. Verá, es poco sueldo el que se gana, incluyendo propinas y... y... En fin, ya me entiende.

—¿Cuánto vale para usted la información, Brandon? —pregunté.

—¡Oh, bueno...! Pongamos... Sí, claro, cien dólares.

—Tengo diez —repuse rápidamente—. Mi profesión tampoco da

mucho dinero.

No dijo nada, tomó la llave y se puso a hacer como si continuara reparando los frenos del coche. Me puse entonces en pie y dando media vuelta empecé a andar hacia la salida del garaje, pero como esperaba, no me dejó:

—¡Eh, oiga! —llamó.

Me volví en redondo, sin prisa alguna, y de nuevo me acerqué, inclinándome sobre él por segunda vez:

—¿Sí...? —dije.

—Venga, deme esos diez. Será suficiente... por ahora.

—Antes deme la información —repliqué—. ¿Cuándo la vio por última vez en el garaje?

—La noche antes de que la mataran.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Algo más?

Le vi dudar, vacilando entre tal vez inventarse una historia plausible, o de decirme simplemente la verdad de lo que había ocurrido, hasta que por fin lo hizo:

—En realidad, si vino sola, se encontró aquí con alguien.

—¿Hombre o mujer? —pregunté, interesado.

—Un hombre. No le había visto por aquí nunca, pero ella, Nelly, le conocía. Se tutearon, ¿sabe?

—¿Mencionó ella su nombre alguna vez?

—Sí, claro, por supuesto, viejo. El tipo se llamaba Dick Sheldon o algo así. Tenía un «Ford Cortina» convertible.

—¿Recuerda sus placas?

—Por supuesto, pero eso va a costarle a usted otros diez dólares. Merece la pena, ¿verdad?

Le dediqué una sonrisa, saqué el billete y se echó a reír mientras se lo guardaba en el bolsillo del mono.

—F.

345 L.

H. 28, de Las Vegas —dijo.

—¿Nada más?

—¿Con respecto a Nelly? No, nada más, pero sé, porque me lo dijo, que de vez en cuando frecuentaba el Bahía. Un club nocturno situado en un subsuelo en Twelfth Street, esquina a Pine.

Le di las gracias, me erguí, me hizo un saludo con su grasienta mano y me encaminé al coche.

Busqué una cabina telefónica consultando el reloj.

La una y media de la tarde, Lancaster estaría ya en su domicilio particular.

Disqué tan pronto como me vi en el interior de una de aquéllas.

—Hola, Lancaster —dije sin preámbulo alguno—, tú que te desenvuelves entre las altas esferas sociales, ¿no sabrías por casualidad a quién pertenece un «Ford Cortina», con placa de Las Vegas...?

Me interrumpió dándome el número y añadió:

—¿Para qué quieres saberlo?

—Tengo que hablar con él.

—Sí, es lo que esperaba que dijeras.

—¿Y bien?

—Se llama Dick Sheldon, y vive en Werwick Room, 619, piso quinceavo, apartamento F. Y ahora, ¿quieres decirme para qué...?

—Gracias por todo, Lancaster —corté, cortando asimismo la comunicación.

Regresé al «Pontiac» y busqué un restaurante donde comí frugalmente.

Luego conduje hacia Werwick Room.

Me abrió la puerta una mujer; casi una niña, llevando sobre su espléndido cuerpo una bata de esponjosa seda, y en zapatillas. Pelo largo, cayéndole casi hasta media espalda, y ojos verdes; grandes, intensos, que me asaetaron de pies a cabeza para luego del examen, mirase en los míos:

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué quiere?

—Deseo hablar con míster Sheldon.

Sus ojos expresaron una ligera sorpresa.

—No está en este momento.

—Quiero hablarle —insistí—, de una muchacha que mataron anoche. De una muchacha llamada Nelly.

—¿Policía?

—No —dije—. Simplemente un escritor que procura ganarse la vida tomando datos de aquí y de allí.

—¿Y se interesa sobre los crímenes?

—Escribo sobre ello, o por lo menos trato de hacerlo. No lo

esperaba, pero se apartó de la puerta diciendo:

—Soy Ruth Sheldon. Vamos, pase.

Crucé el umbral, y ella, luego de cerrar la puerta, por delante de mí, me condujo al *living*, elegante, lujoso, exquisito.

—Siéntese —invitó, añadiendo sin transición alguna—: ¿Una copa?

—No, gracias.

Hubo un silencio; uno de esos silencios estúpidos, que nada dicen, que avergüenzan a uno, y que finalmente *mistress* Sheldon rompió:

—¿Qué quiere saber de Nelly? Si puedo ayudarle...

—Todo lo que usted me pueda decir.

—Venía aquí, a veces.

No dije nada; esperé, y fue muy poco.

—Hacía algunos trabajos para mi marido, en forma esporádica. Ella trabajaba con él...

—Sé todo eso, *mistress* Sheldon —interrumpí.

—Sí, claro, debí haber supuesto que usted ya lo sabía.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio por aquí?

—Hace una par de semanas, Me refiero aquí, a mi casa. Después en el Bahía, un par de noche, antes de que la mataran.

—¿Sola?

—Nelly era una muchacha que rara vez se la veía sola.

—Eso quiere decir que la vio con un hombre, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Quiere decirme quién era él, si lo conoce?

—Joel St. Dugan —respondió—. Al parecer eran muy amigos, pero como le dije ya, Nelly era amiga de todo el mundo... que llevara pantalones.

No dije nada.

—¿Algo más, míster...? Ahora que me doy cuenta, aún no sé quién es usted. Aún no me ha dado su nombre.

—Perdone, *mistress* Sheldon —dije contrito—. Me llamo Joe Merrill y por el momento, no deseo nada más, salvo en el caso de que la viera con algún otro hombre; uno que frecuentara el círculo en que se mueven ustedes.

—Bueno —repuso ella riendo—, podría decirte que mi marido... pero no estaría bien, tratándose de un crimen.

—No parece usted muy afectada por esa muerte —indiqué—, a pesar de que ella, Nelly, de un modo u otro, se movía en ese círculo.

—No, la verdad es que no.

Hice la última pregunta tratando de no cambiar de tono de voz:

—¿Sabe lo que Nelly quiso decir con eso de que había visto algo que no debía ver, y que por eso, tal vez la mataran?

No se estremeció, no cambió tampoco de expresión, no se agitaron sus senos bajo la bata que los cubría; permaneció, pues, completamente tranquila:

—Jamás oí una cosa como ésa. Tendré que preguntarle a mi marido.

—La verdad, *mistress* Sheldon, es que me gustaría hablar con él.

—Está ahora en su despacho, pero si lo desea, vaya esta noche al Bahía.

Di las gracias, me acompañó hasta la puerta y nos despedimos.

Entonces tomé la dirección del precinto de policía.

Detuve el coche en Sanson Street y pregunté al uniformado policía que había en la puerta:

—Me llamo Merrill —dije—, y quiero hablar con el teniente Kane.

—Entre, siga ese pasillo, y encontrará la puerta, al final, mano derecha.

Llamé con los nudillos a la puerta tan pronto como me vi frente a aquélla.

—Pase, está abierto.

Entré.

Era alto, huesudo, de ojos grises, helados, de labios delgados e incoloros, y de pómulos un tanto salientes, e iba vestido de paisano.

Me indicó una silla tan pronto como di las buenas tardes.

—Me llamo Merrill —dije luego de tomar asiento.

—Lo supuse al verle. Su amigo, míster Lancaster, me lo describió perfectamente.

¿Viene a entregarse?

—Por el momento no —fue lo que dije—. Simplemente deseo información.

—¿Sí...? Hasta ahora creí que era la policía la que la necesitaba.

—Dígame, teniente —respondí, sin hacer caso de sus palabras—. ¿Qué sabe del arma que mató a la muchacha?

Hizo una mueca mientras sus ojos helados, crueles, me examinaron detenidamente.

—Nada respecto al arma, aunque sí el calibre. Posiblemente una «Luger» o una «Magnum» del 45.

—Eso nos da una pista.

—¿Sí...? ¿Y cuál, si puedo saberlo yo?

Su tono irónico llegó a disgustarme también, pero igualmente lo dejé pasar.

—Un hombre. Un cañón como ése es de difícil manejo en manos de una mujer.

—Es una posibilidad —concedió—: ¿Otra cosa?

—Bueno, me gustaría saber si tenía un amigo. Un amigo fijo, si me entiende.

No. Al parecer, si era así, ni míster Lancaster ni el fiscal, cuya secretaria era, lo sabían.

—Contando —repliqué—, conque no fuera el fiscal mismo.

—Otra posibilidad más. Y ahora...

—Una pregunta más, teniente —corté, sabiendo que aquello era una despedida en toda regla—; ¿qué sabe del matrimonio Sheldon?

—Nadan en dólares. ¿Por qué?

Y ahora sí que Kane no pudo evitar que un leve tono de curiosidad saltará al aire en sus palabras.

—Nelly iba de vez en cuando a casa de míster Sheldon. Le hacía algunos trabajos y...

—Sabemos todo esto, míster Merrill —me interrumpió a su vez—. Y ahora déjeme trabajar tranquilo, y por favor, no continúe jugando a los policías o se va a meter en un lío. Ustedes, los novelistas, quieren saberlo todo; incluso los modos de actuar de la policía y...

—Eso no les gusta, ¿verdad? —terminé.

—Ni nos gusta ni nos deja de gustar... siempre y cuando no se oculten pruebas a la policía, pongo por caso; siempre y cuando no se obstaculice su labor, ¿comprende? Le di la razón y salí luego a la calle.

CAPÍTULO VI

Doblé por Pine y casi al instante vi el letrero luminoso del bar.

Lo detuve, acercándolo al bordillo, abrí la portezuela, fui a descender y entonces vi a la rubia.

Vestido largo hasta los pies, manga corta y guantes negros hasta un dedo por encima del codo, un casquete también negro cubriendo parte de su pelambrera sedosa, de oro, y caminando por la acera, sin mirar a nadie, como ausente, como si no le importara nada de cuanto le rodeaba, ni de que las miradas de los hombres, lo mismo que la mía, la seguían.

Descendí y fui detrás, hacia la puerta del bar, por supuesto.

La noche había caído sobre Filadelfia y los múltiples letreros luminosos alumbraban Pine mucho más que el alumbrado público.

Llegaba justo a su altura, a menos de quince yardas de la puerta del Bahía cuando un sedán, con los faros apagados, se despegó del bordillo de la acera, casi frente a nosotros, con un rugido que a mí se me antojó siniestro.

Vi asomar una mano por una de las ventanillas y entonces obré instintivamente. Me lancé contra la rubia que cogida de sorpresa con un grito de susto, de cólera, de sorpresa al mismo tiempo, rodó por el suelo llevándome encima, cuando ya las balas rebotaban sobre el estuco de las paredes y la gente, despavorida, huía de la acera y el coche, un sedán pintado en negro, entraba en Twelfth sobre dos ruedas y con un impresionante aullido de cubiertas.

Me puse en pie tendiendo mis manos, enfrentado ya con algunos curiosos que se nos acercaban rápidamente y con sus ojos, grandes y pardos, oscuros, muy oscuros.

—¿Se ha hecho daño? ¿La han herido?

Comprendiendo la rubia inició una pálida sonrisa.

—No... gracias... Pero creo... creo que de no ser por usted... ¿Oiga, quién disparó contra nosotros y por qué?

—Tal vez el que iba en el coche se confundió con otras personas —mentí fríamente.

La ayudé a levantarse y añadí prendiéndola de un brazo, a la altura del codo.

—Vámonos de aquí. Dentro de poco, esto será un hervidero de policías.

Y casi la arrastré al Bahía cuya encristalada puerta abrí de un empujón.

Descendimos ambos la escalera, y de un modo repentino me vi frente a una sala con mesas, encerada y circular pista, donde había algunas parejas meciéndose al compás de la música, luces rojas en el techo y algunas más iluminando la barra, y pregunté, sin fijarme mucho en los que sentados en las mesas se arrullaban entre besos y caricias:

—¿Quiere una copa? La está necesitando.

La rubia se desprendió de mi mano con una nueva sonrisa.

—Sí; está en lo cierto —dijo—. Un *whisky*, por favor.

La llevé por entre las mesas hasta la barra, donde nos acomodamos ambos.

Esperó a que nos sirvieran para preguntar, mientras que yo, a través del espejo situado detrás del mostrador, trataba de distinguir al matrimonio Sheldon, sin conseguirlo.

—Dígame, ¿quién es usted?

—Me llamo Merrill —repuse.

—Lo que no me dice nada. ¿Por qué trataron de matarle?

—¿A mí? —inquirí a mi vez, fingiendo una sorpresa que no sentía—. Hubiera jurado que a quien querían liquidar era a usted. Tal vez al tipo que usó la automática no le gustaban las rubias.

—Posiblemente, sí —repuso ella sin perder el control y tomando el vaso para beber—. Oiga, ¿quiere decirme a quién busca en este club?

Y puso el vaso entre sus labios.

—¿Buscar...? No comprendo.

—Me dio esa impresión —respondió la rubia—, cuando ni siquiera se fija en cómo es la mujer a quien ha salvado la vida, y se dedica a mirar al espejo escudriñando la pista de baile. O busca a alguien o se siente celoso de su mujer y espera encontrarla aquí. ¿Me equivoco?

—No, aunque sólo acertó en un sentido. Por lo demás, soy soltero.

—Lo que para cualquier mujer resulta interesante. Vamos, ¿a quién está tratando de encontrar?

—A un matrimonio.

—¿Les conozco yo?

—No, a menos que frecuente mucho el Bahía.

—Vengo casi todas las noches.

—Bien, el matrimonio es... Sheldon —dije tras una ligera vacilación.

Una de las rubias y elegantes cejas se levantó de modo imperceptible.

—¿Les conoce?

—Sí, claro, nos visitamos mutuamente.

Estaba de suerte, o por lo menos lo creía así, por lo que pregunté:

—Y a esa muchacha, a Nelly, ¿la conoce también?

—¿Se refiere a la secretaria del fiscal del Distrito V?

—Sí, así es.

Tomó el vaso sin dejar de mirarme sobre el borde del cristal, y luego de beber otro poco afirmó:

—A Nelly la asesinaron.

—Sí, lo sé.

—¿Y qué tiene que ver usted en esto?

—Escribo, y quiero datos; me hacen falta.

—¿De veras? —se burlaba de mí, aquello era obvio—. Nunca lo hubiera supuesto. ¿Y qué escribe? ¿Historias de crímenes?

—Historias, no, *miss*... —respondí—. Fantasías, nada más que fantasías.

—Lo que no quita que tome datos de la realidad, según sus propias palabras. ¿Es o no es así? —Hizo una pausa y añadió, haciendo eco a mi deseo—: Me llamo Brenda Reed.

Puede llamarme Brenda si lo desea, Merrill. ¿Por dónde íbamos?

—Por el asesinato de Nelly. ¿Tenía algún amigo?

—¡Ah, sí, le hacen falta datos! —dijo, siempre burlándose, a pesar del susto que recibió en la calle—. En cuanto a amigos, Nelly tenía muchos.

—Ya me lo dijeron.

Y apuesto a que lo hizo Ruth Sheldon —me respondió sin una sola vacilación—. Pero a usted no le interesa eso. Quiere saber si era la querida de alguien, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Pues no, por lo menos que yo sepa, aunque cierto fiscal, sí puede saberlo con seguridad. No olvide que Nelly era su secretaria y que llevaba con él varios años.

—¿Y eso dónde nos deja, si no mencionamos el nombre de Callender?

—No estaba hablando de él en particular. No quiero que me procesen luego. El meterse con un fiscal, sea éste quien fuere, es siempre peligroso.

La respuesta que iba a dar murió en mis labios, y no porque viera entrar al matrimonio Sheldon por la puerta, sino por la policía. Dos de uniforme, que se quedaron a ambos lados de aquélla, mientras que el teniente Kane, después de lanzar una mirada a su alrededor, empezaba a andar hacia la barra.

Susurré entonces:

—La policía acaba de entrar, Brenda.

—Sí, ya los he visto. ¿Y...?

—Siga bebiendo como si tal cosa, y afirme todo lo que yo diga tan pronto como empiece a formular preguntas.

Apenas si tuve tiempo de terminar con la frase, para llevarme luego el vaso a los labios.

—Buenas noches, *miss*... míster Merrill... ¡Apuesto a que no sabe nada de lo ocurrido en la calle!

Me volví lentamente a mirarle.

—¿En la calle? —inquirí—. Si no se explica mejor, teniente...

—Dicen en las aceras de Pine y Twelfth Street, que desde un coche efectuaron varios disparos contra una rubia y un hombre que al parecer iba con ella. ¿Qué sabe de esto?

Fue Brenda la que respondió:

—Nada, teniente. Nada, pues hace por lo menos una hora larga que estamos aquí. ¿Y dice que dispararon contra una rubia? ¿Contra mí?

—No dije que fuera contra usted, *miss*...

—Brenda Reed —interrumpió ella.

—No la mencioné a usted, *miss* Reed —repuso el policía—.

Simplemente formulé una pregunta.

—Pues ya oyó nuestra respuesta, teniente —contestó la muchacha—. Por otra parte, hay en Filadelfia multitud de rubias como yo.

Hubo una ligera pausa y luego surgió la pregunta de boca de Kane:

—Miss Brenda Reed, de los Reed y Reed Hermanos, ¿verdad?

—Sí, así es, teniente.

—Gracias por la información, Merrill. Perdone y buenas noches.

Giró en redondo sobre sus talones, hizo una seña a sus dos secuaces policíacos y desapareció en la calle, tropezándose al salir con el matrimonio Sheldon.

Regresé los ojos a Brenda.

—Ese teniente —dijo, tan pronto como se dio cuenta de que la miraba— me ha dejado de piedra.

—¿Por qué?

Se encogió levemente de hombros.

Confieso que no lo sé. O tal vez... tal vez sea porque esperaba que insistiera en sus preguntas y no lo hizo.

—Le intimidó usted con tanto nombre. Dígame, Brenda, ¿qué significan todos?

—Algo que se cuenta por millones, Merrill. Soy una mujer muy rica. Algo así, en mujer, para los hombres, como un panal de miel.

—Y nosotros las moscas, por supuesto.

—¿Qué es eso de moscas, Brenda? Buenas noches, míster Merrill.

Nos volvimos ambos.

En pie, junto a su marido, Ruth Sheldon nos sonreía.

—¡Hola, querida! —repuso ella—. Ya veo que se conocen.

—Sólo un poco —replicó Ruth, que a continuación me presentó a su marido, cuya mano estreché.

Al terminar fue ella, Ruth, la que indicó:

—Vamos a sentarnos en una de las mesas. Estaremos mejor que aquí.

Consulté con la mirada a Brenda, un poco tarde, porque la rubia y millonaria muchacha ya estaba abandonando el taburete y tras una seña al barman empezaba a andar hacia las mesas.

La seguimos los tres.

Fue después de que nos hubieron servido bebidas, cuando Dick Sheldon preguntó:

—Mi esposa me dijo que fue a mi casa porque quería hablarme de Nelly, ¿verdad?

—Sí, así es —afirmé.

—Nelly era una buena muchacha.

—No dije lo contrario.

—No, desde luego —repuso Sheldon—, pero pudo pensarlo alguna vez.

—Sí, así es; lo pensé. —Y añadí, antes de que lograra interrumpirme—: ¿Conoce a Joel St. Dugan?

—Sí, claro. —Miró a la pista donde continuaban algunas parejas, luego al resto de las mesas que nos rodeaban y comentó después—: Esta noche no ha venido, y es raro.

—¿Por qué? —pregunté.

—Venía o viene, mejor dicho, todas las noches por aquí. Unas veces lo hacía con Nelly, y las otras solo, aunque estas últimas eran las menos.

—¿Intimo de la secretaria? —inquirí.

—Posiblemente, sí, aunque no lo afirmaré. Con Nelly eso nunca se sabía. Era fría como el hielo, aunque sus manos ardían cuando se le tocaban. No era empero lo que parecía.

Un bloque de hielo causaba más, mucho más efecto que ella.

No respondí de momento.

Desmenuzaba en mi mente las sorprendentes palabras del marido de Ruth.

—¿Habló usted con ella antes de que la mataran?

—Sí, claro, aquí mismo, veinticuatro horas antes. Vine con Ruth, exactamente como ahora, y nos tropezamos con ella y con St. Dugan.

—¿Le dijo algo que le diera a entender que estaba preocupada?

—No..., no, por supuesto —respondió Sheldon pensativamente—. Su estado de aquella noche lo calificaría yo de normal, sin que sea capaz de jurarlo delante de un tribunal.

¿Por qué no?

—Porque Nelly tenía dentro, en su interior, si me entiende, como una especie de coraza difícil de penetrar por nadie.

—¿Bailamos, Merrill?

La pregunta de Brenda cortó mi respuesta a flor de labios y ladeé el rostro para mirarla.

Me estaba sonriendo.

—Vamos, Merrill —añadió risueña—, no diga que le intimidan mis millones, porque eso sí que no voy a creerlo.

Me levanté riendo y la prendí por la cintura, empujándola suavemente hacia el centro de la pista.

CAPÍTULO VII

—¿Adónde la llevo, Brenda?

—Tengo mi coche ahí, en Pine, a menos de media manzana de aquí.

Estábamos ambos sobre la acera cuando formulé la pregunta, teniendo a nuestra espalda las puertas encristaladas del Bahía, que recién ahora acabábamos de abandonar.

—No obstante, si quiere, puedo acompañarla.

—¿Adónde? ¿A mi apartamento?

—Sí, claro —dije.

Me dedicó una sonrisa.

—Hágalo, pero tendrá que quedarse fuera.

—No he dicho que quisiera entrar con usted, Brenda —repliqué.

—Por supuesto que no lo ha dicho, pero lo está pensando. Lo pensó desde el mismo momento en que empezamos a bailar. Incluso me besó y... y eso no me gusta.

—Lo siento. ¿Qué más quiere que le diga?

No me respondió, se limitó a abrir la portezuela de su coche, un «Jaguar» del último modelo, e indicó:

—Vamos, suba, Merrill.

Lo hice, embragó, y nos fuimos.

Mediábamos tal vez el camino de su casa, cuando pregunté:

—No vino esta noche St. Dugan, ¿verdad?

—No, así es, o en el caso contrario se lo hubiera dicho.

Cambié de conversación con una pregunta más:

—¿Sabe qué relaciones unían a Nelly con Dick Sheldon?

—¡Oiga! ¿Pero cree en verdad que Nelly los acaparaba a todos?
¿Por qué me ha hecho esa pregunta?

Pensé en lo que me dijera Ruth, pero no se lo dije a ella; simplemente, respondí:

—No lo sé. Fue sencillamente eso, una pregunta.

—Que no tiene respuesta para mí.

No repliqué, y el «Jaguar» continuó rodando sobre el asfalto, hasta que finalmente Brenda exclamó:

—Estamos llegando, Merrill.

Era cierto; detuvo poco más tarde el coche frente a la puerta de entrada donde tenía su apartamento y abrí la portezuela contraria para saltar fuera del coche, sobre la acera. Lo rodeé, para abrir la suya, pero llegué tarde pues Brenda ya estaba fuera, cerrando el coche con llave.

—¿Sube conmigo? —preguntó—. Puedo ofrecerle una copa.

—Una sola, por supuesto —indiqué.

—No voy a servirle más que una, desde luego. No quiero que se ponga pesado conmigo, echándole luego la culpa al alcohol.

Subimos utilizando el ascensor, mientras respondía:

—Lo que en otras palabras quiere decir, querida, que cuando nos casemos no deberé beber, por lo menos en su presencia, ¿verdad?

Sus ojos se abrieron mucho, muchísimo, y al fin, llegando ya al piso correspondiente, susurró:

—Entre todas las proposiciones de matrimonio que me han hecho, ésta es la más original.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Nunca me fue hecha dentro de un ascensor. Creo... creo que voy a tenerlo en cuenta, Merrill.

Fui a responder, y en aquel momento éste se detuvo y ella, pasando por delante de mí, abrió la puerta.

Anduvimos, el uno al lado del otro, por el centro del largo y bien iluminado pasillo, hasta una de las puertas del fondo, donde Brenda se detuvo de nuevo.

La vi inclinarse, rebuscar bajo el felpudo, y luego erguirse frente a mí, con un frunce en el ceño.

Pregunté antes de que dijera nada:

—¿Qué es lo que ocurre ahora?

—No lo sé, Merrill —y su voz era un delgado hilo—. Dejo siempre una de mis llaves bajo el felpudo, y no está —nerviosa puso una de sus enguantadas manos sobre mi brazo—. ¡Alguien está dentro de mi apartamento! ¡Estoy segura de eso!

—¿Tiene otra llave, Brenda?

—Sí, claro.

Me soltó, abrió el bolso de piel de cocodrilo y me la dio.

—Póngase detrás de mí —dije—, pero no entre hasta que yo la llame.

Llevé la mano a la funda sobaquera, tomé el «22», introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta, procurando no hacer ruido alguno.

El pasillo que había frente a mí, inconmensurablemente largo, según me pareció a primera vista, estaba desierto, a oscuras, pero la puerta que al fondo lo cerraba dejaba escapar por debajo un tenue rayo de luz.

Pegué el costado derecho a la pared de aquel lado y caminé lentamente, suavemente, sin ruido, deslizando mis pies sobre el *parquet* del suelo, hasta la mencionada puerta.

Pistola en mano la abrí de un empujón, saltando de costado hacia la izquierda, pero ya dentro del *living-room*.

El hombre que estaba sentado con un vaso de *whisky* en la mano, sobre uno de los sillones, era alto, rubio, fuerte, de ojos negros, y con todo el inconfundible tipo de un atleta, y que empezó a ponerse en pie un tanto sobresaltado, con su mirada fija en el arma que empuñaba yo.

Fui a hablar, a preguntar, a decir algo, posiblemente que no se moviera, que se mantuviera quieto, pero a mi espalda Brenda se adelantó a mis deseos.

—¿Puedo saber qué estás haciendo en mi apartamento, Joel, y sobre todo, quién te autorizó a usar mi llavín?

Respiré más tranquilo y empecé a bajar el cañón del revólver, justo cuando mi rubia amiga, recién conocida, proseguía:

—Vamos, Joel, responde, ¿quieres?

Lo hizo, también con una pregunta:

—¿Puedo saber quién es ése y qué hace aquí con un revólver en la mano?

—Se llama Merrill y es amigo mío. Y eso no contesta, por supuesto, a mi pregunta.

—¿Policía?

—Un amigo, como ya te dije. ¿Qué haces aquí? —Me hizo una seña para que guardara el arma, y añadió—: Sírrame un *whisky*, Merrill, por favor, y póngase otro para usted. —Volvió a guardar silencio en tanto me acercaba al bar, que rompió con una nueva

pregunta dirigida a St. Dugan—: Todavía no me has contestado.

—Tenía necesidad de hablar contigo. Vine, llamé, y como no obtuve respuesta, usé tu llavín. No creí que te molestara.

—Pues ya has visto que sí. Dime, ¿qué querías?

Le llevaba el *whisky* cuando St. Dugan dio la respuesta:

—Hablar contigo, como te dije, pero en privado.

—Lo que no va a poder ser, querido. Merrill se queda aquí esta noche.

St. Dugan se puso en pie, y entonces, alargando el vaso a Brenda, intervino:

—¿Quiere decírmelo a mí, por favor?

—Decirle, ¿el qué?

Tomé asiento en el sofá, sin ser invitado a ello, y contesté:

—Todo lo que sepa respecto a Nelly. Sé que usted era su amigo.

St. Dugan clavó los ojos en Brenda, que tomó asiento en uno de los sillones, dejándome el sofá para mí solo.

—Le dijeron la verdad, Merrill. Era amigo suyo.

—¿Intimaron?

—Sí, claro; eso, con Nelly, era casi inevitable.

—¿Qué clase de mujer era?

Los ojos verdes de la rubia Brenda se mostraban interesados, tanto en mis preguntas como en las respuestas de St. Dugan.

—Era... como un pequeño... Sí, eso es, como un pequeño Drácula femenino. Chupaba y chupaba a todos, insaciable, queriendo más, siempre más. Y no me refiero a sangre precisamente. Era inteligente y maligna; tan inteligente como maligna.

—¿Y por eso la mató usted?

—No lo hice yo, y le desafío a que pruebe lo contrario —respondió sin alterarse, frío y desdeñoso al mismo tiempo—. Pude hacerlo infinidad de veces, incluso me dio motivos, pero no, no fui yo. —Se llevó la mano al bolsillo y antes de que me diera cuenta tenía entre sus dedos una pesada «Luger», que tomó por el cañón, lanzándola a mi lado sobre el sofá—. Ahí tiene esa automática —prosiguió—. Si mira su número, verá que está registrada desde hace mucho y a mi nombre. La policía también lo sabe, como yo sé, por los periódicos, que mataron a Nelly con una de estas armas o con una «Magnum».

Calló, tomé la automática y olí el cañón.

No hacía mucho que fue disparada; quité entonces el cargador y lo examiné. Estaba completo. Frente a mí, en pie, St. Dugan sonreía.

—La disparé hace poco, Merrill —dijo—, y no precisamente contra Nelly.

—¿Tal vez contra *miss* Reed y contra mí, en la puerta del Bahía? Ni un solo músculo de su rostro de granito se movió.

—Hasta ahora supe de qué me estaba hablando —respondió—, pero a partir de este momento sus palabras no me dicen nada. —Miró a Brenda y continuó—: ¿Puedo saber a qué obedecen estas preguntas de tu amigo, que sólo aguanto por estar en tu casa, querida?

—Escribe; por eso te pregunta, Joel.

—¿Escribe? —repitió él—. ¿Qué es lo que escribe?

—Cosas —contestó Brenda.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas —dije yo a mi vez, lo que dio motivo para que soltara una maldición entre dientes, de la que ninguno de los dos, ni Brenda ni yo, hicimos caso.

—Dígame, St. Dugan —dije— además de usted, ¿qué amistades tenía Nelly? Amistades íntimas se entiende.

—Le comprendo perfectamente, Merrill. Y mi respuesta es que se lo pregunte al fiscal del Distrito V. Nelly fue su secretaria durante algunos años y no creo que siendo ella como era, tenga o haya tenido secreto alguno para con él.

Caminó hacia la puerta, se detuvo en el umbral, se volvió a mirarnos y entonces, recordando de súbito, se acercó al sofá, tomó la «Luger», la guardó, y finalmente me enfrentó diciendo:

—Si lo desea, Merrill, puedo llevarle a cualquier parte. Continuaremos charlando por el camino.

—¡No seas estúpido, Joel! —Medió Brenda—. Merrill, como te dije, se queda esta noche conmigo.

Fue así.

Sentada en el borde del lecho, empezaba a ponerse las medias, cuando preguntó, mientras que a mi vez me vestía:

—¿Puedo saber adónde vas?

—Tengo una cita —repliqué—. Una cita en Camden en mi

propio apartamento.

Arqueó Brenda una ceja.

—¿Puedo saber con quién?

—Sí. Se llama Jo Ann

O'Brien

y es pelirroja.

—Ésa es la muchacha amiga de Nelly. Compartían ambas el mismo apartamento, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Y... Y... Bueno, creo que una mujer como ésa no es de tu clase, Joe.

—En eso te equivocas, muchacha. En parte somos iguales. Mi círculo social es exactamente igual al suyo, querida. Una baja escala social si lo prefieres, pero es así. Su educación y la mía son parecidas. Incluso es posible que ambos estudiásemos en la misma Universidad.

—¿En cuál?

—En la calle, en los bajos fondos, en la escuela que da el vivir demasiado pronto; en el estudio que da a cada uno esa Universidad, y que no constan en ningún plan de estudios elaborado de antemano. ¡Ahí es donde aprendí a vivir, a escribir, y donde también aprendí lo poco que sé! Exactamente lo mismo que Jo Ann. Como ves, somos parecidos en verdad. Ambos tuvimos la misma clase, la misma escuela y las mismas asignaturas. Ambos tuvimos la suerte de asistir a tu misma Universidad.

Estaba blanca, erguida frente a mí, con la combinación rosa puesta, agitada también, cuando terminé de hablar.

—¿Puedes decirme —preguntó con voz ronca—, qué motivos te he dado para que me respondas de ese modo?

No contesté. Terminé de vestirme y salí del dormitorio dejándola sola.

CAPÍTULO VIII

No vi a Jo Ann aquella noche en el Choco, cuando me acerqué a la barra y pedí un *whisky*, antes de ser preguntado por el barman.

Esperé a que me lo sirviera y entonces inquirí:

—¿Y Jo Ann, no ha venido aún?

El barman me miró detenidamente, tratando de recordarme, y al fin tuvo que conseguirlo, ya que me contestó:

—No, aún no. Ni ha telefoneado ni la hemos visto en todo el día.

No contesté ni para dar las gracias.

Tomé el vaso, bebí un poco, y clavé luego mis ojos en su fondo, como si de allí tuviera que venirme la inspiración que me faltaba. Meditaba al mismo tiempo. No quería telefonear a Lancaster y mucho menos a Callender; mis sospechas no iban por aquella parte; para mí, los dos estaban completamente libres de malos pensamientos. No deseaba asimismo hacer preguntas, más o menos impertinentes a ninguno de los dos sobre Nelly, ni la amistad más o menos íntima que les había unido a ella, pues era algo que pertenecía por entero a la policía. A mí, en particular, no me importaba ni poco ni mucho.

Entonces surgía en mi mente la pregunta, o las preguntas: ¿qué tenía respecto a Nelly? Muy poco; menos que poco; en realidad, nada. Unos cuantos nombres. Ruth y Dick Sheldon entre otros. St. Dugan, que era portador de una «Luger»; la propia Jo Ann, que compartía el apartamento de Nelly o viceversa; el empleado del taller de reparación de coches donde Nelly llevaba de vez en cuando el suyo; su encuentro allí, fortuito por supuesto, con Sheldon; los disparos efectuados contra mí por un desconocido, y desde luego, como punto final, la rubia millonaria Brenda Reed, de los Reed, etc.

Volví a beber, consultando el reloj.

Las diez menos un minuto de la noche.

¿Qué hacer? ¿Regresar a Camden, acostarme, y cerrar mi pensamiento a todo embrollo, o darme una vuelta por el Bahía en busca de Brenda?

Opté primero por ninguna de las dos cosas; me aparté de la barra, fui a la cabina telefónica y disqué; desde el otro lado del hilo nadie contestó a mi llamada, por lo que regresé a la barra, terminé con el *whisky*, salí a la calle, y caminé sin apresurarme hasta el lugar donde había dejado estacionado mi coche.

Puse la mano en la manija de la portezuela, la hice girar, y en aquel momento el cristal de la ventanilla, junto a mi cabeza, se astilló, marcando en el centro el estriado agujero que dejó la bala a su paso.

A continuación me lancé de cabeza sobre la acera, mientras que un nuevo balazo dejaba un redondo y nuevo agujero en la carrocería y el rugido de un motor hería mi oído.

Vi pasar una vez más frente a mí el sedán negro, y entré en el «Pontiac» sin una sola vacilación.

Arranqué casi al instante.

Por delante de mí, entre el tráfico, logré distinguir las luces piloto del sedán, Pine arriba, a buena marcha.

Salí tras él.

Las cubiertas de mi coche chillaron al rozar violentamente contra el asfalto, tomando la curva rápidamente desde la Twelfth Street hacia Pine, y luego continué recto tras el otro coche, sorteando el tráfico como mejor podía, entre imprecaciones de los otros conductores, que de vez en cuando, a ráfagas, me llegaban al oído.

Media hora más tarde todo continuaba igual; el coche que iba delante, haciendo esos, como para evitar que cualquier posible disparo mío le alcanzara, continuaba ahora su rápida y vertiginosa marcha hacia Broad Street.

El semáforo de la entrada a la referida calle estaba en verde cuando lo pasó el sedán, llevándome ya a menos de cien yardas de sus aletas posteriores de avión, cuando súbitamente se me puso en rojo.

Con una seca maldición apliqué el freno a fondo y dos tiras negras, zigzagueantes, quedaron sobre el asfalto cuando lo detuve, casi pasada ya la blanca línea del suelo que indicaba que aquel

terreno pertenecía única y exclusivamente a los peatones.

Introduje filosóficamente la mano en el bolsillo de la guantera y saqué un cigarrillo que encendí. Cuando el disco cambió a mi favor, del sedán negro ya no quedaba ni rastro.

No llamé al timbre, pero sí antes de encontrarme frente a la puerta consulté mi reloj de pulsera.

La una y treinta y dos de la madrugada.

Introduje la llave en la cerradura, abrí la puerta y entré encendiendo la luz del pasillo. El silencio en el interior de mi vivienda era absoluto, y confieso ahora que no me llamó la atención, como tampoco nunca me la había llamado, por lo que continué andando hacia el *living*, cuya luz también encendí.

Vi un alto vaso, mediado de *whisky*, un cenicero con algunas puntas de cigarrillo, del que fumaba Jo Ann, y la llame.

Nadie contestó a mi llamada.

Examiné el vaso y luego me acerqué al dormitorio, pensando que tal vez la muchacha se había ido, cansada, por supuesto, de esperarme la noche anterior. Abrí la puerta, tanteé el marco e hice girar el interruptor de la luz.

La maleta estaba allí.

Y ella también.

Desnuda, sobre la cama, boca arriba, y con una de sus medias alrededor del cuello, con la cual había sido estrangulada, pero antes la habían trabajado bien, quizá tratando de que dijera algo que debía o no saber.

Miré a mi alrededor.

No había señales de lucha; todo estaba en su lugar, excepto el interior del armario ropero que había sido registrado a conciencia, buscando algo que yo no sabía; que tal vez Jo Ann no sabía tampoco.

No la toqué, ni siquiera me incliné sobre ella, sólo del armario tomé una sábana y cubrí su cuerpo hermoso, que ya no lo era tanto, que ya estaba frío como el hielo, rígido asimismo como una tabla, muerto, y abandonando el dormitorio salí al *living*, yendo directamente hacia el bar, donde me preparé una buena ración de *whisky*.

Mi predicción cuando hablé con ella, una de las veces que

hablamos ambos, se había cumplido. El asesino de Nelly creía que ella, Jo Ann, sabía también, estaba enterada de lo que la secretaria viera un día, en cualquier lugar de Filadelfia, y cuyo secreto, que se llevó a la tumba, le había costado la vida; a ella y a su amiga, a la otra muchacha que compartía su apartamento.

Bebí el *whisky* de un sorbo, limpié cuidadosamente el vaso, lo dejé en su sitio y pensando en

O'Sullivan,

el *marshall* de Camden, regresé a la calle.

Miré desde el portal el exterior casi en sombras; en la esquina, muy cerca de mí, vi una cabina telefónica, y una duda atenazó mi mente; dar parte al *marshall* o no hacerlo.

No lo hice, subí al «Pontiac» y empecé a alejarme de mi casa en busca de la carretera. Di luego un rodeo para acercarme al motel donde mataron a Nelly, haciéndolo a continuación como si viniese a aquella hora de Filadelfia, y entré en el bar.

—¡Póngame un *whisky*! —pedí, sin preámbulo alguno, sin saludar, sin dar las buenas noches.

Esperé unos segundos, los necesarios para que me lo sirviera, otros pocos para beber la mitad del vaso, y entonces, apartándome de la barra del mostrador, fui a una de las cabinas telefónicas.

Marqué a continuación.

—Policía... ¿Dígame...?

La voz inconfundible de

O'Sullivan

estaba allí, en mi oído, impaciente al ver mi silencio.

Desfiguré todo cuanto pude mi voz al responder:

—Se ha cometido un crimen en...

Di la dirección.

—¡Espere! ¿Cómo ha dicho?

—Muy burda la treta, *marshall* —repuse—, al querer retenerme para localizar la llamada, que hago desde una cabina pública. ¡Ah, la muchacha se llama Jo Ann, y es pelirroja! Trabajaba en un bar de Filadelfia.

Corté la comunicación, y sabiendo que no había podido aún averiguar desde dónde le llamaba, regresé, un poco más tranquilo, frente a mi vaso de *whisky*.

Bebí un poco más y encendí un cigarrillo.

Lo mediaba cuando aboné la consumición para abandonar luego el bar y con éste el motel.

Conduje hacia Camden, para continuar dando la impresión, al que me viese, que venía de Filadelfia, como ya dije antes, y tomando más tarde por una de las carreteras adyacentes y llenas de baches, di la espalda a la población, camino ahora adonde deseaba dirigirme de un principio, a Filadelfia.

En Independence Hall abandoné el coche para entrar en una cabina de teléfonos.

Disqué.

Ni Ruth ni Dick Sheldon estaban en su casa, según me dijo una de las doncellas. Posiblemente en el Bahía, cosa que también había supuesto yo antes de que me lo dijeran.

Luego de cortar la comunicación disqué de nuevo, y me sorprendí cuando St. Dugan en persona se puso al teléfono.

—¿Dígame...?

—Soy Merrill, St. Dugan —dije—. Ya sabe, el tipo que escribe cosas. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Podría mandarle al cuerno, Merrill, pero voy a escucharle, si no se pone muy pesado.

No me gustan los hijos de perra con o sin pluma, y usted lo es.

Me tragué lo que pensaba responder, e inquirí:

—¿Oyó a Nelly en alguna ocasión mencionar que había visto algo, en alguna parte, y que estaba asustada por las consecuencias?

—Sólo una vez, plumífero —me interrumpió—, pero lo tomé a broma y ahora... ahora la han matado.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Por dos razones; primera porque no me lo preguntó usted, y segunda porque ya di mi declaración a la policía.

—¿Le dijo qué fue lo que vio, y dónde?

—No. Y ahora perdone, están llamando a la puerta y es una señora.

Colgó sin darme tiempo a responder, dejándome en la duda de si era cierto o no lo que me había dicho, o si sólo era una excusa para no seguir hablando conmigo.

Siete minutos más tarde, por unas calles apenas con tráfico, debido a la avanzada hora de la madrugada, llegué al Bahía.

No vi, ni en la barra ni en las mesas, a Brenda, pero sí a Ruth

Sheldon.

Traté de pasar de largo hacia la barra, pero ella me vio a su vez, y me llamó:

—¡Míster Merrill!

Fingí sorpresa cuando la enfrenté.

—Buenas noches, *mistress* Sheldon —saludé—, confieso que no esperaba verla por aquí.

—Ya me iba —repuso ella—, pero puedo esperar un poco más en su compañía si me invita, por supuesto, a unas copas y a bailar. ¿O acaso espera a Brenda? Oiga, Merrill, ¿va a casarse con ella?

—¿Casarme con...? No, seguro que no. Me ahogaría en dólares.

—Pues me sorprende usted, ya que ésas no son mis noticias.

—¿No...? —inquirí cuando ya se estaba poniendo en pie.

—Ni mucho menos. Sé que anoche estuvieron juntos en su casa.

—En habitaciones separadas —respondí, llevándola ya de la cintura hasta la pista de baile.

—No dije lo contrario —contestó riendo—. Tampoco fue eso lo que me dijo Brenda, pero no deseo discutir; sólo bailar.

Dimos unas cuantas vueltas en silencio, que rompí con una pregunta:

—¿La ha visto?

—¿A quién? ¿A Brenda?

—Sí.

—Estuvo aquí buscándole a usted, y luego se marchó decepcionada, no sin decirme lo que había ocurrido anoche entre usted y ella.

No dije nada; evolucionamos, pues, por espacio de unos minutos más, estrechamente unidos, rozándonos unas veces los rostros y otras los labios, y de un modo repentino, nunca supe por qué lo hice, la besé.

No protestó, no dijo tampoco nada, se limitó a abrir los labios bajo los míos y correspondió suavemente a la caricia; al terminar pidió:

—Vamos a sentarnos, Merrill. Es tarde y me encuentro cansada.

La llevé a la mesa, pedimos un par de *whiskies*, y en tanto la mesera se alejaba después de habérnoslos servido, pregunté:

—¿Y su marido, *mistress* Sheldon?

—Llámeme Ruth, Joe —indicó.

—Correcto, ¿y su marido?

—¡Pero, Joe! —se burló—. ¿Qué falta nos hace él en este momento?

Ninguna, por supuesto, pero no se lo dije; simplemente me limité a preguntar de nuevo, cambiando de conversación:

—¿Vio a St. Dugan?

—Sí. —Me miró suspicaz y añadió—: Le sorprendí bailando y dándole un beso a Brenda.

—Exactamente lo mismo que hemos hecho nosotros dos, ¿verdad?

—Sí, así es —repuso, sin al parecer molestarse por mi impertinente pregunta, y llevándose ya el vaso a los labios.

Al terminar de beber se puso en pie y la imité.

—¿Ya se marcha?

—Sí. Es tarde, como le dije antes.

—Me deja solo y me voy a aburrir toda la noche, Ruth.

—¿Y quiere que yo le distraiga?

—Confieso que sería lo más agradable que podría ocurrirme, ¿no?

—Estoy segura de ello, Joe, como también lo estoy de que mañana por la mañana, tan pronto como se enterara míster Sheldon, volaría a Reno en busca de un divorcio rápido.

—Y eso usted no lo desea.

—No, claro que no. No podría vivir con la pensión que tendría que pasarme... dado el caso de que, culpable, lograra conseguirla. Buenas noches, Joe Merrill.

Fue hacia la puerta.

Usaba minifalda y vi sus muslos desnudos brillar a las luces rojas del alumbrado del interior del club, hasta que desapareció de mi vista.

Tomé entonces asiento y dediqué mi atención al *whisky*, en tanto que mis pensamientos me llevaban de nuevo a mi casa, y con ella al recuerdo de la asesinada pelirroja Jo Ann, diciéndome de paso que era muy posible que allí, en Filadelfia, el teniente Kane de Homicidios ya me estuviera buscando. Si no para inculparme, sí para someterme a interrogatorio, en el primer precintó policíaco que se le ocurriera.

CAPÍTULO IX

Podía pasar la noche en cualquier hotel o motel de Filadelfia, en cualquier fonda, asimismo en cualquier fonducho, pero sabía positivamente que la policía, si tenía interés en localizarme debido al asesinato de Jo Ann, lo primero que haría sería usar el teléfono, con lo que mi localización sería cuestión de pocos minutos.

Podía también usar un nombre supuesto, pero aquello me desagradaba, y finalmente, podía ir al apartamento de Brenda, pero, sin saber por qué, aquello tampoco me gustaba del todo.

Ruth Sheldon hubiera podido ser un buen complemento para aquella noche que casi finalizaba ya, pero ella rechazó la idea.

Recordé sus palabras, recordé asimismo a St. Dugan, el acompañante de Brenda aquella noche; recordé que estaba él esperando a una señora, que telefoneaba a un amigo cuando dijo que habían llamado a la puerta de su apartamento.

¿Era la señora Brenda Reed?

Recordé por supuesto a Nelly, y muchas cosas más.

Y un sedán pintado de negro.

Abandoné el club un poco más tarde y salí a la calle. Di un paso, dos, y entonces oí la voz de Dick Sheldon.

—¡Diablos, Merrill! —dijo—, confieso que no le esperaba por aquí. ¿Una copa?

Durante unos segundos dudé entre aceptar o no, hasta que me dije que quizá Dick Shelton, ahora a solas conmigo, se aviniera a contarme algo más respecto a Nelly.

—¿Por qué no? —repuse, preguntando a mi vez.

Con él desanduve lo andado y una vez más en contados minutos me vi de nuevo frente a la barra, pensando en el teniente Kane de Homicidios, y en el cadáver de la pelirroja Jo Ann, tendida en el interior de mi dormitorio; en el contenido de sus maletas, y en el armario ropero registrado, y también una vez más la pregunta nació

en mi mente:

¿Qué buscaba el asesino? ¿Lo encontró o no? ¿Qué fue lo que Nelly vio, que no tuvo que ver, aunque aquella pregunta fuese ya incluso demasiado reiterativa?

La pregunta del barman, ahora frente a nosotros dos, interrumpió el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué van a tomar?

Miré a Sheldon, cuya mirada se cruzó con la mía.

Detrás nuestro, las mujeres de la limpieza empezaban a recoger las mesas; el local estaba en silencio, vacío, sin clientes, y a punto de cerrar sus puertas.

Pensé en Ruth, la mujer del hombre que estaba a mi lado, respondiendo ya a la pregunta formulada por el barman:

—Un *whisky*, por favor. —Me miró, añadiendo—: ¿Y usted, Merrill?

—*Whisky* también —contesté.

Nos lo sirvieron, y mientras bebíamos hubo unos segundos de silencio entre ambos, que rompió el propio Sheldon tan pronto como dejó suavemente su vaso sobre el mostrador.

—¿Descubrió algo, Merrill? —inquirió.

Forcé una sonrisa.

—Soy tan malo haciendo de policía como escribiendo —y él se echó a reír—. Me faltan datos, según creo, aunque también puede ser que los tenga todos y no sepa utilizarlos. Si por lo menos supiera lo que Nelly vio cierto día y en cierto lugar...

—¿Vio algo? ¡Diablos, no estaba enterado de eso! ¿Y qué fue?

Bebí hasta mediar el vaso antes de contestar:

—Ya se lo he dicho, no lo sé. Tal vez... eso que vio sea la clave de su asesinato, o quizá no —y no quise decirle, no quise mencionarle el asesinato de Jo Ann—. No lo sé.

Bebió a su vez, con aire pensativo, y al terminar indicó:

—Creo, Merrill, que no debería romperse la cabeza por eso. Después de todo, usted apenas si la conocía.

—¿Y usted sí?

—Sí, bastante; era, como creo que ya le dije, una buena muchacha.

Y recordé entonces lo que su esposa me había dicho.

—¿Qué relaciones la unían a ella, Sheldon, además de las

llamémoslas comerciales?

—¿Quiere decir que si intimamos?

—Bueno, lo mencionaremos con esas palabras.

Sonrió.

—Nada de eso, Merrill. No era mujer que me interesara lo suficiente para tratar de convertirla en mi amante. Por otra parte, amo a mi esposa. —Se rió y prosiguió—: ¿Sabe que el capital de la familia es de Ruth? Pues es cierto. Yo no tengo, mío, ni un solo centavo, y por lo tanto, no iba a dar un paso en falso con una mujer, hermosa o no, sensual o no, sin capital propio; con una mujer que tenía que trabajar aquí y allá para ganarse la vida, para poder comer.

No dije nada en unos segundos.

—¿Qué sabe de St. Dugan?

—Se mueve en nuestro círculo, Merrill —me respondió—. El, posiblemente, sí intimó con Nelly, aunque no lo afirmaría delante de un tribunal, por no saberlo con certeza.

—¿Sospecha que St. Dugan pudo matarla?

—¿Por celos? Bueno, quizá sí. Nelly y los hombres... Nelly y su forma de ser, sin prejuicios, si me entiende usted. Nelly que vivía su vida a su modo, procurando sacarle siempre el mejor partido posible. Sí, puede que St. Dugan la quitara de la circulación, quizá porque supo que ella compartía el lecho con otro cualquiera además de con él. Ese fiscal, Callender creo que se llama, podría decirle algo al respecto.

Sí, podría saberlo, podría incluso saber todo lo que yo deseaba conocer, pero no quería preguntarle en modo alguno; podía, asimismo, conocer el secreto de lo que vio Nelly aquel día, aquella noche, y si había sido interrogado por los de Homicidios, a aquella hora necesariamente Kane también lo sabía, lo que constituía un punto o varios de ventaja sobre mí, que al fin y a la postre sólo era un escritor de novelas policíacas, más o menos bueno, más o menos malo o peor, según me juzgara el público que las leyera.

—Sí, es posible que lleve usted razón, Sheldon —le dije—, y quizá sea muy posible también que le pregunte a la menor ocasión.

—Pues hágalo. Si en verdad a Nelly la mataron por celos, pudo ser, como digo, St. Dugan, u otro cualquiera al que aún no conocemos. Si, por el contrario, murió por algo que vio, algo que

tuvo que ser lo suficientemente peligroso para causar su muerte, creo que tanto usted, Merrill, como aficionado, así como la policía, tendrán que buscar por otro lado. Nelly era amiga de todos y de nadie en concreto; no intimaba, se envolvía en una coraza de difícil, por no decir imposible penetración, lo que hace aún más difícil poder hablar de ella con conocimiento concreto de causa.

Elevó el vaso, apuró el resto del licor de un solo sorbo, consultó su reloj y mirándome de frente comentó:

—Se está haciendo muy tarde, Merrill, y mañana me espera un duro día de trabajo.

¿Quiere que le lleve a alguna parte?

—Tengo mi coche fuera.

Me tendió la mano y añadió mientras nos las estrechábamos:

—Venga por casa cuando guste, Merrill. Será bien recibido allí.

Le dije que así lo haría, pero pensando en lo contrario, y me dejó solo, luego de un saludo con la cabeza.

El barman tomó la palabra acercándose a mí, mientras miraba mi semiconsumido *whisky*.

—Lo siento, pero vamos a cerrar —dijo.

Tomé el vaso y bebí, aboné lo consumido por Sheldon y lo mío, y salí a la calle con el pensamiento puesto en el sedán negro.

¿Qué sabía yo que era tan importante para el asesino? Nada, aunque éste creía en lo contrario.

Me acerqué al «Pontiac», abrí la portezuela, y al ir a subir oí a mi espalda el grácil taconeo de una mujer.

Me volví, llaves en mano.

Seria, lejana, sin una sonrisa, Brenda, la rubia millonaria, se me acercaba.

De los dos, fui yo el que primero preguntó:

—¿Quieres decirme de dónde sales a esta hora?

—De acompañar a St. Dugan —repuso, con la misma frialdad en la voz—. Le encontré ahí dentro, bailamos un poco y luego nos fuimos a dar una vuelta. Recién ahora le dejé en su apartamento. Me invitó a subir, pero no quise.

—¿Por qué me cuentas todo eso?

Abrió unos ojos grandes y redondos como platos.

—¡Pero, Joe, si has sido tú el que me has preguntado! —exclamó, para añadir rápidamente, y sin darme tiempo a contestar

—: ¿Nos vamos?

—Sí —respondí, e inquirí, tan pronto como se hubo acomodado a mi lado—: ¿Adónde te llevo?

—A mi casa. Ya sabes el camino.

No repliqué, y puse el coche en marcha.

Rodamos en silencio durante unos cuantos minutos. Pensaba en St. Dugan y en Nelly cuando doblé el volante para tomar una de las calles adyacentes a la que seguía en aquel momento, llevado por una súbita idea, y sin darme cuenta que a mi lado iba una mujer rubia, en el más absoluto silencio, que rompió tan pronto desvié el coche del camino que necesariamente debía seguir para llevarla a su casa.

—¡Eh! —dijo—. ¿Dónde me vas a llevar ahora? Te dije que...

—Será cuestión de media hora, Brenda —contesté interrumpiéndola—. Tengo que ver a alguien, no muy lejos de aquí.

—¿En la ciudad? —quiso saber.

—Sí, y es importante. Pero si deseas quedarte, te llevo a tu casa y...

Me interrumpió Brenda a su vez. —Voy contigo— respondió.

No contesté; seguí conduciendo.

Media hora más tarde alcanzábamos el Distrito de Columbia, y diez minutos después, acerqué el coche al bordillo y lo detuve.

—¿Qué ocurre ahora?

—Nada, pequeña —dije—, salvo que voy a quitar una poca de gasolina al depósito.

—¿Qué...? ¿Qué vas a...?

—Ya lo has oído. Y ahora, si quieres, ponte a contemplar la luna, y déjame hacer a mí.

Sus ojos eran dos pozos llenos de oscuridad cuando los fijó en los míos.

—¿Quieres decirme qué nueva idea tienes en mente?

—No.

Hizo punto final, pues no replicó; se limitó a volver el rostro hacia la ventanilla y entonces abrí la portezuela y salté fuera del coche. Cuando regresé a su lado, en el depósito del «Pontiac» apenas si había gasolina para llegar al lugar donde me proponía.

CAPÍTULO X

Preguntó de nuevo Brenda, rompiendo una vez más el silencio, tan pronto como dimos vista al surtidor de gasolina, y a la amplia nave que había más atrás y que servía de taller de reparaciones.

—¿Es ahí donde vamos?

—Sí.

—Y apuesto a que vas a pedir que te llenen el tanque de gasolina, ¿verdad?

—Sí —repetí.

—Y podría apostar también, que este garaje tiene algo que ver con Nelly. Ya sabes, esa muchacha...

—Sí —repetí por tercera vez, llevando el «Pontiac» al lugar indicado.

No tuve necesidad de utilizar el claxon, pues por la encristalada puerta de la caseta apareció un hombre, en mono, que se acercó al coche llevando una mecánica sonrisa en los labios.

—Quédate en el coche, Brenda —dije antes de que el tipo se acercara lo suficiente para oírme—, y espérame.

—Y tú, ¿dónde vas?

—No lo sé —respondí—, pero si tengo necesidad de abandonar el coche, no te muevas. ¡Ah!, en la guantera hay una automática. ¿Sabes manejarla si llega el caso?

Su voz se oscureció al responder.

—Sí, no te preocupes por eso, pero creo que debiste avisar antes a la poli...

—Silencio —la interrumpí—, ese tipo ya está aquí.

Efectivamente, se inclinaba ya hacia la ventanilla.

—¿Le lleno el tanque? —preguntó.

—Sí. Nos quedamos sin gasolina. Oiga, aquí trabaja un amigo mío. ¿Está aún? Frunció el ceño, inclinándose ahora para tomar la manguera.

—¿Quién es?

—Brandon —dije—. Don Brandon.

Señaló hacia atrás, hacia la nave, por encima de su hombro.

—Está terminando de reparar un coche. Vaya si quiere hablar con él.

Abrí la portezuela y caminé lentamente, me detuve un poco más allá, saqué el paquete de cigarrillos, me puse uno en la boca, pero no lo encendí.

Entré luego en la nave, mirando las «fosas», la mayoría de ellas a oscuras, hasta que en el interior de una de ellas, debajo de un «sedán» azul, vi la luz de una lamparilla portátil, fija en el suelo, junto a la rueda trasera derecha.

Me acerqué haciendo sonar los tacones de cuero de mis zapatos.

Hubo un ligero ruido bajo la fosa y luego vi el rostro de Brandon, y su expresión de sorpresa cuando me vio. Y no esperó, como aquella vez, a que yo me inclinara para hablarle, sino que saltó fuera y me enfrentó en pie.

—Buenas noches, viejo —saludó—. ¿Ha venido para hacerme ganar unos cuantos dólares más?

—Eso va a depender de algunas cosas.

—¿Sí...? ¿Y cuáles son?

—Quiero que me diga si aquella tarde, si aquel día, ya sabe, cuando Nelly estuvo aquí por última vez, habló o vio otro coche que no fuera el «Ford Cortina».

Frunció el ceño.

—No que yo recuerde, aunque pudo ser. ¿Por qué?

—Trate de recordar. Es muy importante, ¿comprende?

E introduje la mano en el bolsillo del pantalón, pero un gesto de su mano me interrumpió.

—No hace falta eso aún, plumífero —dijo. Me miró pensativamente y añadió—. No lo recuerdo, y le estoy diciendo la verdad, aunque es muy posible que Buck sepa algo.

Y antes de que lograra preguntarle quién era el tal Buck, le oí llamarle.

—¡Eh, Buck! ¡Haz el favor de venir!

El tipo de la manguera, que ya había terminado de repostar mi coche, se acercaba a nosotros.

—¿Sí...?

El interrogatorio corrió ahora a cargo del propio Brando.

—Recuerdas a Nelly, ¿verdad?

—Sí, claro —y me miró curiosamente.

—Ella estuvo aquí el día antes de que la liquidaran, y habló con un tipo que conducía un «Ford Cortina». ¿Sabes si mientras yo entré aquí, para continuar trabajando, ella habló con alguien más, antes o después?

—Fue antes —repuso el llamado Buck—. Tú estabas en el cuarto de baño, ¿recuerdas?

Medié en la conversación, cortando la respuesta que Brando iba a dar.

—¿Quién era? ¿Le conocía usted?

—Claro. Se trataba de míster St. Dugan. Un capitoste de Filadelfia. Viene por aquí muchas veces. Dice que cobramos por reparación mucho más barato que en otra parte cualquiera.

—¿Qué tenía su coche?

—Un pinchazo. Recuerdo perfectamente que saqué la rueda, puse la de repuesto, y cuando dije que la dejara aquí para repararla, contestó que tenía prisa y se largó.

—Entretanto, Nelly, ¿qué hacía?

—Estuvo examinando el maletero del coche de míster St. Dugan, y luego, ellos dos, se fueron a tomar una copa. Esto ocurrió mientras efectuaba yo el cambio de la rueda.

—¿Les oyó comentar algo sobre el maletero del coche?

—No, nada. No acostumbro a fisgar en la conversación de los clientes.

Sin responder a aquel comentario, inquirí:

—¿Qué coche conducía míster St. Dugan?

—Un sedán negro.

Me quedé de piedra.

Merecía la pena haber ido allí, merecía la pena todo lo que me habían dicho por lo que sin pedirlos les di cien dólares, las gracias, y regresé al coche.

Me acomode al lado de Brenda, empuñé el volante, y preguntó:

—¿Averiguaste algo?

—Algunas cosas —respondí.

—¿Sabes entonces quién mató a Nelly?

Pensé en Jo Ann y respondí.

—Creo saber quién asesinó a dos muchachas.

Una vez más, según parecía tener por costumbre, Brenda abrió mucho los ojos y me miró.

—¿A dos...? ¿Quién es la otra?

—La pelirroja que compartía el apartamento con Nelly. La asesinaron en mi casa de Camden, y creo que a esta hora me está buscando la policía, si no por ese asesinato, sí para interrogarme.

—¡Joe! —exclamó.

No contesté.

Seguí conduciendo, hasta que preguntó Brenda:

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Corretear durante toda la noche?

—No, ni mucho menos. Voy a llevarte a casa y...

—¿Qué?

—Te dejaré allí, muchacha.

—¿Y tú?

—Continuaré dando vueltas.

Miró el reloj del *tablier* y preguntó:

—¿Te has fijado que apenas si faltan dos horas para el amanecer?

—No, no me fijé. Ésa es la verdad.

—Entonces... Bueno, hay por aquí cerca un motel. Llévame allí, y déjame sola si ése es tu deseo.

La conduje sin replicar hacia donde dijo, y ya en el *comptoir*, pregunté:

—¿Vas a alquilar una de las cabañas o...?

—Una simple habitación en el piso alto donde pasar este par de horas de la noche —me respondió.

Quedé a su espalda cuando enfrentó al encargado, cuando abonó su estancia para una noche y me enfrentó luego, preguntando:

—¿Subes conmigo?

—¿Para ofrecerme una copa?

—¡Un cuerno es lo que voy a ofrecerte, Joe Merrill! —respondió con absoluta desvergüenza—. ¿Subes? El encargado me ha dicho que la cama del dormitorio es estupenda.

Negué con la cabeza mientras que el regocijo que había aparecido en sus ojos se borraba en un instante.

—No puedo. Tengo que hacer algo que no puedo dejar para más tarde.

—Creí que como mujer, yo sería para ti, para todos, antes que nada.

—Pues te equivocaste, querida, por lo menos en lo que concierne a esta noche.

Hizo un mohín, me acerqué a ella y creyendo que trataría de evitarlo la prendí por la cintura y allí, en el centro del *hall*, ante la mirada un tanto socarrona del encargado de la noche, permanecimos estrechamente abrazados durante más de un largo minuto.

—Buenas noches, Joe —dijo en un susurro, al terminar con la caricia—. Lamento que no te quedes en mi compañía.

—Buenas noches, saco de dólares —dije, dando media vuelta y abandonando el edificio del hotel a continuación.

No fui muy lejos; sólo hasta el bar. Hice una seña al barman hacia la cabina telefónica, me indicó con un gesto que podía usarla y penetré en su interior.

Disqué.

Durante más de quince largos segundos oí al otro lado la insistente señal de llamada y luego la voz tosca de Lancaster que preguntaba quién llamaba.

Al parecer, a los amigos, según a qué horas, no se les podía molestar.

Dando de lado a este pensamiento respondí:

—Soy Merrill.

—¡Cuernos! ¿Qué te ocurre? ¿Qué quieres a esta hora de la mañana?

—Una pregunta nada más —repliqué—. Una pregunta importante. ¿Qué sabes de St.

Dugan?

—¿Bueno o malo? —inquirió él.

—En ambos sentidos.

—Nada en concreto. Nada, salvo lo que todos sabemos. Que era muy amigo de Nelly.

¿Por qué?

—Tiene un sedán negro, y el día antes del crimen le vieron hablando con ella.

—Y meses o días antes de su asesinato, también le verían, ¿no?

Sin responder a aquello insistí:

—Supongo que este caso lo habrás comentado más de una vez con Callender, ¿verdad?

Cuando respondió, tuve la intuición de que su voz había tomado una extraña nota de cautela.

—Por supuesto —dijo—. ¿Por qué?

—Escucha esto, que es muy importante: ¿le dijo ella a Callender, en alguna ocasión, que estaba asustada por algo que vio una vez? ¿Que la perseguía alguien por aquello?

Al otro lado de la línea, mi amigo y abogado Lancaster dudó unos segundos en responder, hasta que por fin lo hizo:

—Sí, así fue.

Ahora el que vaciló un poco fui yo, hasta que inquirí:

—Y como cosa lógica, se lo habrás dicho a la policía, ¿verdad? ¿A los de Homicidios? —Sí, era lo más natural, ¿no?

—Sí, creo que sí —dije, para añadir a continuación—: ¿Dijo qué cosa era la que había visto?

—No. Desde luego, no.

—Gracias.

—¡Espera!

—¿Algo más?

—Sí, claro. ¿En qué lío te has metido tú?

—Yo... No te comprendo.

—¿No?... Entonces, ¿qué dirías si te dijera que el teniente Kane del Departamento de Homicidios de Filadelfia te está buscando para interrogarte, y que en Camden también te busca el *marshall*?

—¿A mí? —pregunté con acento de tal sinceridad que hasta a mí mismo me sorprendió—. ¿Por qué?

—Mataron a Jo Ann. Ya sabes, la muchacha amiga de Nelly y que tú llevaste a tu casa. ¿O es que no lo sabías?

Estaba seguro que si negaba, Lancaster me creería. El sabía positivamente que jamás mentía yo. Tampoco lo hice aquella vez.

—Sí, lo sabía. Incluso yo mismo descubrí el cadáver y llamé a O'Sullivan

desde una cabina pública. Lo lamento; lamento que me estén buscando, pero no voy a darles el gusto de que me encuentren, hasta que por mí mismo de con el asesino. —¡Merrill!

—¿Sí...?

—Escucha, hablé con Kane, ¿sabes? Me indicó que si te ponías

en contacto conmigo se lo dijera, y al mismo tiempo que te aconsejara que fueras a verle.

—No ahora —respondí—. Lo haré mañana. Es decir, hoy mismo, apenas amanezca. Gracias por todo.

—Escucha aún...

No lo hice, corté la comunicación y lentamente, abandonando la cabina telefónica, me acerqué a la barra, trazando en mi mente los últimos toques de lo que yo creía que sería el fin de todo aquello, de aquella historia.

—Póngame un *whisky* —dije al barman.

Mientras me lo servía pensé en la rubia y millonaria Brenda; Brenda que en aquel momento estaría acostada, también quizá pensando en mí. No tenía nada más que beberme aquel *whisky*, abandonar todo intento por aquella noche de continuar con aquel caso, subir la escalera, llamar a su habitación, y todo volvería a ocurrir del mismo modo entre los dos.

No lo hice empero.

Tomé, sí, el *whisky*, aboné su importe, y regresé adonde había dejado mi coche.

Tomé el volante y conduje, llevando una idea en la mente.

Lo detuve mucho más tarde, media cuadra antes de llegar a mi destino, descendí, e hice el resto del camino a pie.

Vi, ante mis ojos, la puerta de acceso al garaje donde necesariamente tenía St. Dugan que haber guardado su coche, cerrada según pude apreciar cuando la tanteé con las manos, con una de esas cerraduras automáticas, que se encuentra a un lado, empotrada en la pared.

La busqué, luego de lanzar una mirada a mi alrededor, temeroso de que por cualquier circunstancia desembocara por la próxima esquina uno de los coches patrulla, o sencillamente cualquier uniformado policía en su ronda nocturna.

No vi a nadie.

Tanteé la cerradura con los dedos, introduje la mano en el bolsillo trasero del pantalón y saqué del mismo un manojo de ganzúas, cualquiera de las cuales, encontradas en mi poder por la policía, me llevaría indefectiblemente delante de un tribunal.

Cuatro segundos más tarde la cerradura giraba.

Guardé la ganzúa y luego de mirar nuevamente a mi alrededor,

pulsé el blanco botón que había a su lado. Un leve zumbido me indicó que mi motor eléctrico, escondido en cualquier parte, se había puesto en marcha, y a continuación la puerta empezó a elevarse dejando el suficiente hueco para que entrara yo, entre un par de grandes coches en sentido opuesto; o sea, uno saliendo del garaje y otro entrando en él.

Pasé al interior, sin tocar ahora el botón que a mi espalda cerraría la puerta, y entonces me di cuenta que el garaje estaba iluminado completamente.

Cerca de mí, en la pared opuesta, había dos coches. Un «La Salle» deportivo y un sedán pintado en negro, y alguien más. En su interior, dentro de este último las figuras de Ruth Sheldon y la de St. Dugan, estrechamente abrazados, sin darse, por supuesto, cuenta de mi presencia allí.

Tenían el cristal de la ventanilla lateral izquierda levantada, y tosí discretamente.

Se separaron con sobresalto y vi cómo Ruth se pegaba contra la portezuela contraria, mirándome con ojos de susto, mientras que a mis oídos llegaba la maldición de St. Dugan.

—¡Usted! ¿Y cómo cuernos ha entrado aquí? ¿Qué busca?

Señalé hacia atrás por encima de mi hombro, mientras él abría la portezuela y saltaba fuera del sedán.

—Encontré la puerta del garaje abierta y entré, St. Dugan —dije—, y eso es todo.

Casi no me dejó terminar. Sin decir nada, sin previo aviso, se lanzó contra mí. Bloqueé el primer puñetazo, finté con la izquierda y le lancé contra el coche de un bestial puñetazo con la derecha; con una derecha que empezó a tomar impulso hacia arriba casi desde el suelo, y que le alcanzó en medio del mentón.

St. Dugan se deslizó de allí hasta el suelo, maldijo una vez más entre dientes y se llevó la mano a la funda sobaquera. En el interior del sedán, Ruth Sheldon lanzó un leve grito cuando le apunté con el «Colt Cobra» a la cabeza.

—Siga por ese camino, St. Dugan —dije—, y le levanto la tapa de los sesos. ¿Vamos, a qué espera? ¿No se da cuenta de que estoy deseando que haga algo, que efectúe un movimiento que no me guste para mandarle al infierno? Vamos, suelte el arma y póngase en pie.

Vaciló, sin soltar la culata de su automática, y entonces sonó la voz de Ruth.

—Haz lo que te dicen. —Y luego a mí—: Todo tiene una explicación lógica, míster Merrill. Vamos, guarde usted su arma.

—¿Es lógico la muerte de Nelly y de Jo Ann? ¿O es que no sabe usted que a ella también la mataron?

No dijo nada, pero me di cuenta de que sus pechos, apenas cubiertos por la tela del minivestido que usaba, se movían bajo la tela en forma desacompasada.

Y luego de mis palabras, siguió un largo silencio entre los tres.

CAPÍTULO XI

Era como si ninguno de los tres, en un breve lapso de tiempo, no supiéramos qué decirnos.

Finalmente, fui yo quien rompió el silencio:

—Quisiera ver el maletero de su coche, St. Dugan —dije.

—¿Para qué?

Y miró la pistola que empuñaba cuyo cañón, a pesar de la petición de Ruth, continuaba apuntándole al pecho.

—Nelly vio algo, una vez, y yo deseo saber si fue en el interior de su coche. Usted estuvo con ella en el taller de reparaciones de Georgetown.

—¿Y eso es todo?

—Desde un sedán negro, alguien, por dos veces, trató de matarme. Exactamente como mataron a las dos muchachas; a balazos. La primera fue en la puerta del Bahía, y de no ser por mí, quizá ahora, Brenda no lo contaría.

—¿Y cree que fue él quien lo hizo, Joe?

Miré a Ruth de través, y respondí:

—¿Sabe de algo mejor, *mistress* Sheldon?

—Posiblemente sí —repuso con fría calma—. Como hoy, y desde hace un mes o más, míster St. Dugan, aquí presente, se ve conmigo... aunque no en el sentido que usted pueda creer, a pesar de que me sorprendió en sus brazos. Dado el caso, sí tenemos que ir frente a un tribunal, lo declararé así.

—¡Cuernos! —respondí—, ¡no me diga que está enamorada de él hasta ese punto!

—No, no es eso. Es... que no deseo que se declare culpable de asesinato y de intento de homicidio a un hombre que nada tuvo que ver en ello. Nelly y él fueron amigos íntimos, pero Nelly no era mujer que guardara respeto a un solo hombre, o a varios, ¿sabe? Pudo matarle míster St. Dugan, desde luego, pero no fue así, por lo

que ya le he dicho. Es... lo mismo que esta noche. Teníamos una cita en el Bahía y me retrasé. Cuando llegué estaba en compañía de *miss* Brenda Reed, y tuve que fingir. Luego... Bueno, el resto ya lo sabe usted. Nos encontramos más tarde, dimos unas vueltas juntos y regresamos aquí, desde donde iba a ir a mi casa.

Al terminar de hablar, mis ojos estaban fijos en el semblante duro e inexpresivo de St.

Dugan.

—No obstante —dije—, quiero ver el maletero.

—Eso es fácil, Merrill, si deja de comportarse como tan niño —repuso el aludido—, y deja que me acerque a la trasera del coche.

Con el cañón del revólver indiqué que podía hacerlo.

—¿Puedo tomar la llave? —preguntó.

—Hágalo —repuse—, pero con cuidado.

No respondió, sacó el manojó de llaves del bolsillo del pantalón, la introdujo en la cerradura del portaequipajes y abrió la tapa.

El interior estaba sucio y polvoriento; la rueda de recambio, de la que me hablara Brandon, estaba allí, completamente deshinchada, y no había señales de nada más. Si Nelly había visto algo, no fue precisamente en el interior de aquel coche; mejor dicho, en el interior de aquel portamaletas.

Sedanes pintados en negro los había a miles en Filadelfia, y con aquello, me di cuenta de que estaba lo mismo que al principio.

Lentamente, con desgana, guardé el arma y les enfrenté.

—No voy a decirle que siento lo ocurrido, St. Dugan —dije—, pero mataron a Jo Ann, como le dije, en el interior de mi casa, en Camden, y creo que por una causa u otra la policía, los de Homicidios, me están buscando. Usted, con ese coche, usted, que fue visto en el garaje en compañía de Nelly veinticuatro horas antes de que la mataran, era para mí el sospechoso ideal.

No contestó, por lo que di media vuelta y un tanto corrido avancé hacia la cerrada puerta del aparcamiento particular del hombre que me llevara de cabeza durante un par o tres de horas.

Alargué la mano para pulsar el botón que la abriría seguidamente, y ella dijo a mi espalda:

—¡Espere un momento, Merrill!

Me detuve, pero no me volví a mirarla.

Y estaba a mi lado cuando añadió:

—Lléveme a casa, ¿quiere?

Me volví en redondo, sorprendido, y les enfrenté.

—¿Que la lleve a...?

Me estaba mostrando sus blancos dientes, menudos e iguales, en una sonrisa, mientras que un par de yardas más atrás St. Dugan me contemplaba con el ceño fruncido, pero sin pronunciar palabra.

—Sí, claro —repuso ella—. No tengo aquí el coche, y a esta hora de la madrugada me va a ser muy difícil encontrar un taxi. Por su parte, míster St. Dugan, si lo hace, se expone a no dormir en toda la noche, en lo que resta de noche. Vamos, lléveme, por favor.

Sin responder, pulsé el botón blanco, se oyó el zumbido del motor, y la puerta empezó a levantarse. Antes de que lo hubiese hecho del todo, Ruth y yo salimos fuera.

La prendí del brazo entonces y la empujé suavemente hacia donde tenía mi coche, al cual subimos.

—¿Un cigarrillo? —preguntó tan pronto como se hubo sentado a mi lado.

—Sí, gracias.

Encendí dos, le di uno, y fumamos en silencio durante unos segundos, mirándonos, envueltos en humo, hasta que finalmente ella lo rompió.

—Me gustaría saber qué diablos está pensando de mí, Merrill —dijo.

—¿Necesariamente tengo que pensar algo, *mistress*...?

—Creo que le dije que me llamara Ruth, ¿no? Dígame, ¿qué piensa de mí?

—Nada; el que usted sea o deje de ser amante del hombre que amaba o que posiblemente amaba Nelly, es algo que no me interesa.

—¡Nelly jamás amó a nadie! Era... alguien que nunca tenía bastante, Merrill. Alguien que chupaba continuamente como una sanguijuela la sangre, en sentido figurado, claro, de los demás.

—¿Le chupó algo a usted, Ruth? —pregunté, expresándome en el mismo sentido que lo hacía ella.

Se envolvió en una nueva nube de humo antes de responder:

—¡Sí!

—¿Y puedo saber...?

—¡Claro que puede! —me interrumpió casi con violencia—. A mi marido.

—¿Quiere decir qué...?

—Nada de lo que está pensando usted —me interrumpió de nuevo, empleando para hacerlo la misma violencia anterior—. No consiguió nada de ella. Lo sé de buena tinta. Nada, como no fueran quebraderos de cabeza, disgustos y un buen montón de dólares. Prácticamente, la mantenía... poniendo de tapadera los trabajos que le encargaba hacer en nuestra casa.

—¿Cómo sabe todo esto?

—No me crea estúpida, Merrill, pues no lo soy. Además les sorprendí en dos ocasiones, el uno en brazos del otro. No escandalicé, no dije nada, no me di asimismo por enterada, y estoy segura de que ninguno de los dos se dio cuenta del hecho.

—¿Y St. Dugan?

—Éste fue otro de los medios positivos para Nelly; un medio que podía lanzarla en el centro de nuestro círculo; ese círculo que al parecer usted tanto detesta, pero no lo consiguió. La mataron antes.

—Sabiéndolo, ¿por qué lo aguantó?

Sonrió mientras yo ponía el coche en marcha.

—Algunas veces todo esto, en este mundo en que nos movemos los que la sociedad llama «los grandes», es menester cerrar los ojos y oídos a muchas cosas, Merrill. También por lástima, por miedo al escándalo si formulaba yo una petición de divorcio. No olvide que el capital es todo mío, y... y... no deseaba poner en el al royo a mi marido, con sólo lo puesto, ¿comprende? No pido con esto ni agradecimiento de él, ni admiración por parte de los demás. Cada uno es como es, y no se puede cambiar la naturaleza humana, a un ser humano determinado, como no sea muerto.

—¿Y por eso, por despecho, usted, Ruth, se lanzó en brazos del amante de Nelly? Ella trató de quitarle el marido y usted quiso a su vez...

Su risa me interrumpió mucho antes de que lograra terminar la frase.

—Ahora también está en un error, Merrill. No ha ocurrido nada de eso. Quizá nos besamos unas cuantas veces, salimos juntos otras tantas, pero luego nos separamos y cada uno de nosotros, como esta noche, regresamos a nuestro cubil.

No respondí; centré mi atención en el camino que seguía, por entre el escaso tráfico de aquella hora, sin que mis pensamientos de

ahora, lo recuerdo muy bien, se vieran conturbados por el recuerdo de Nelly, por lo ocurrido a Nelly, lo ocurrido a Jo Ann.

Ni siquiera por el recuerdo de la policía.

Tampoco por Brenda Reed.

El silencio que reinaba en el interior del coche la rompió la propia Ruth con una pregunta:

—¿En qué está pensando, Merrill?

Me encogí levemente de hombros.

—En nada —repuse al fin.

—¿No...?

—Así es.

—Sí, quizá, como quizá sea que está pensando en todo lo que le he dicho. Es una posibilidad, ¿verdad?

Lo era, pero no se lo dije, no contesté; continué conduciendo uno o dos minutos más en silencio, y al fin inquirí:

—Dígame una cosa, Ruth, ¿mató usted a Nelly y a Jo Ann?

Durante unos segundos vi sus ojos fijos en los míos, a través del retrovisor; luego, lo confieso, su pregunta me sorprendió:

—¿Qué haría usted, querido, si le dijera que sí?

—Desviaría el coche —respondí sin dudar— y la llevaría al aeropuerto, contando con que lleve el pasaporte encima, y la enviaría a Acapulco o a otro país cualquiera.

El silencio de ahora se me antojó tenso, casi siniestro; un silencio que finalmente rompió Ruth.

—Es... algo que nadie me dijo jamás, Merrill. Y gracias. Sé que lo haría sin vacilar, sin dudarlo y... y no sé qué decir. Pero no, de ningún modo la maté. Tenía motivos, cierto, pero mi coartada, no lo olvide, está avalada por mister St. Dugan, como yo avalo la suya. Tanto si me cree como si no, no la matamos ninguno de los dos. Tampoco fue él quien atentó contra usted, a pesar de que uno de sus coches es un sedán negro. —Hizo una pausa en el transcurso de la cual no dije nada, no respondí, y luego preguntó, haciéndome saltar sobre el asiento—: ¿Tanto me ama usted que no vacila en ayudarme a pesar de creerme una asesina?

No respondí; pensaba en todo aquello, en lo que me había dicho, en lo que se guardó en su interior, en lo que posiblemente y a pesar de saberlo no me diría nunca.

Pregunté entonces, a pesar de saber cuál iba a ser la respuesta:

—Dígame una cosa, Ruth, querida, ¿sabe usted quién es el asesino?

Una vez más vi sus ojos fijos en los míos mediante el espejo retrovisor y luego su voz firme, extrañamente firme, hirió mi oído.

—Sí, Merrill, lo sé, o por lo menos creo saberlo. Pero no me pida que hable más, por favor. No puedo hacerlo.

Aquello era el final.

CAPÍTULO XII

Continuamos rodando por espacio de varios segundos más, sin que ninguno de los dos pronunciara palabra, hasta que finalmente Ruth indagó:

—¿Adónde me lleva, Merrill?

—A un hotel.

Sus ojos chispearon.

—Eso no fue lo que dijimos —contestó—. No irá a proponerme que pasemos el resto de la noche en mutua compañía, ¿verdad?

—No es por ahí, muchacha —respondí—. Es que creo que estará mucho mejor allí donde voy a llevarla.

Sus ojos, la mirada de sus ojos, era obsesionante.

—¿Quiere que le dé las gracias? —me preguntó súbitamente.

—No. No sería muy correcto por mi parte pedírselas.

No me respondió en aquella ocasión, pero su semblante se había vuelto súbitamente pálido.

Me había comprendido, como yo la comprendí a ella, sin necesidad de más explicaciones, sin necesidad de ninguna explicación.

Quince minutos más tarde detuve el coche frente al hotel Manila, en plena Broad Street, y abrí la portezuela, pasando el brazo por delante de ella, para que pudiera abandonar el coche.

No lo hizo; me miraba en silencio, sólo me miraba en silencio, hasta que por fin susurró:

—Suerte, Merrill.

Y entonces me ofreció los labios.

Vacilé, vacilé bastante; tanto, que ella, Ruth, fue la que tomó la iniciativa por segunda vez, y allí, en medio de la noche, en plena calle, frente a la puerta de un hotel en el que no iba a entrar yo, permanecimos estrechamente abrazados, por espacio de más de un largo minuto.

Luego se apartó de mí, abandonó el «Pontiac» y no volvió la cabeza ni una sola vez cuando cruzó la acera y entró en el edificio.

Embragué y me alejé de allí; me alejé quizá para siempre de la única mujer que verdaderamente deseaba; de la única mujer que jamás podría llamar mía, sucediesen las cosas del modo que ocurriesen.

Amanecía ya sobre Filadelfia cuando detuve el coche una cuadra antes de llegar a mi destino, a mi verdadero destino.

La puerta del garaje al que deseaba entrar. Una puerta que no era automática. Y lo mismo que ya hiciera en el de St. Dugan, también lo hice allí; miré, pues, a mi alrededor y me franqueé luego el paso al interior.

Encendí las luces, dejando entornada la puerta a mi espalda, y no me equivoqué, pues delante de mis ojos apareció lo que ahora sí esperaba que apareciera.

El «Ford Cortina» de Sheldon y un sedán pintado en negro. Un sedán exactamente idéntico al que poseía St. Dugan.

Di un paso, dos, tres hacia el sedán, lo rodeé, y tanteé con los dedos la tapa del portaequipajes, pensando en si podría o no abrirla con una de las ganzúas que llevaba en la mano.

Y mis pensamientos los interrumpió, viniendo de mi izquierda, una voz que no era la que tenía que ser:

—Confieso que no me equivoqué con usted, Merrill —dijo—. No se mueva, por favor.

Lo hice, pero lentamente, hasta que le enfreté.

Frente a mí, ahora con la «Luger» en la mano apuntándome al pecho, estaba St. Dugan.

—¿Sorprendido?

Lo estaba, aquélla era la verdad, y así se lo dije.

—Fue usted, ¿verdad? —inquirí.

Me mostró sus dientes en una sonrisa de lobo.

—Sí, claro. Y ahora, ¿sabe lo que voy a hacer, plumífero? Pues no dejar que escriba jamás esta historia. Voy a matarle, Merrill, y voy, asimismo, a encerrar su cadáver en el portamaletas de ese sedán. Más tarde o más temprano lo encontrarán, ¿comprende? Dado como están las cosas entre Ruth y Dick, dado lo que había o iba a haber entre Nelly y Dick Sheldon, el resultado es fácil de adivinar, ¿no es así?

Fui a decir algo, a formular una pregunta, o algunas preguntas si me daba St. Dugan tiempo para ello, pero no pude, porque precisamente en aquel momento un tercer personaje entró en escena.

—Suelta esa pistola, Joel. ¡Rápido!

Y entonces todo ocurrió en contados segundos. St. Dugan se volvió en un medio giro relampagueante y apretó el gatillo una sola vez, y mientras Sheldon caía con un balazo en el corazón (esto lo supe más tarde), se volvió hacia mí.

Pero fue demasiado lento comparado conmigo, porque justo cuando levantaba el arma, tratando de apuntarme, le alcanzó el disparo que efectué contra él, y dando una media vuelta se pegó a la carrocería del sedán y luego, con el hombro tinto en sangre y soltando la «Luger», se deslizó hasta el suelo donde quedó sentado.

Me acerqué a él un poco, sólo un poco, y pregunté:

—¿Por qué mintió *mistress* Sheldon, St. Dugan?

Hizo una mueca que quiso ser sonrisa.

—Ella no mintió, hijo de perra. Es cierto que salimos varias veces juntos, como esta noche, pero no es menos cierto que nunca coincidieron nuestras salidas con los sucesos ocurridos. Usted... usted cometió el error de no averiguar en qué fecha se efectuaron nuestras salidas, cosa que no hubiese olvidado de hacer la policía, y no tratar tampoco de saber si esas salidas coincidían con los atentados que efectué contra usted, y con los asesinatos de Nelly y Jo Ann. Eso nunca se le hubiese pasado por alto a los de Homicidios.

—¿Y Jo Ann murió...?

—Por ser amiga de Nelly, por compartir su apartamento. Creí... creí que Nelly le dijo a ella alguna cosa; creí, por supuesto, que Nelly le explicó lo que había visto aquella mañana en el garaje, concretamente en el taller donde reparaban su coche, pero Jo Ann no sabía nada. Yo... me asusté cuando la vi que empezaba a salir con usted y... les seguí hasta Camden. El resto fue fácil cuando la dejó sola, lo que yo esperaba que ocurriría tarde o temprano.

Se estaba atajando como podía la sangre del hombro, sin tratar de acercarse a la «Luger», que seguía en el suelo, porque yo le estaba apuntando con el «22».

—¿Qué fue lo que vio Nelly?

—Este coche; el sedán de Sheldon. No olvide, Merrill, que somos amigos, que nos movemos en el mismo círculo, y que para mí, entrando y saliendo de su casa como ellos entraban en la mía, no me fue difícil sacar un molde de la cerradura de la puerta de este garaje. En cuanto a las llaves del sedán, cualquiera, cuando existen duplicados, puede tomar uno de ellos «prestado», pues el dueño suele creer siempre que las ha perdido.

—¿Y...?

—Tenía levantada la tapa del portamaletas... y había polvos blancos en el fondo. Nelly los vio, y antes de que me diera cuenta ya tenía el dedo sobre los polvos y luego en su boca. No dijo nada, y yo tampoco; hablamos sólo de nuestra próxima cita, tal vez porque los empleados de la gasolinera y del taller estaban cerca, y nos separamos. Me fui solo y... ¿recuerda lo que le dije de ella, Merrill? Era como un pequeño Drácula que chupaba y chupaba, ¿no? Pues no vino a la cita; simplemente me telefoneó. Quería un montón de dólares... o se iría con el cuento a la bofia o al propio Sheldon. Pronto nos pusimos de acuerdo, y la cité para tres días más tarde... lo que no ocurrió porque veinticuatro horas después la eliminé. Esta noche, Merrill —vaciló mientras seguía tratando de contener la hemorragia—, vine aquí con ánimo de llevarme el coche y hacerlo desaparecer en cualquier lugar. Aún tiene esos polvos y...

—¿La rueda deshinchada? —pregunté interrumpiéndole.

—Es mucho más fácil. Sabía que también Nelly la había visto; además, estaban los empleados de la gasolinera y por tanto tomé este coche, lo llevé a mi garaje, cambié una rueda por otra, y aprovechando siempre la ausencia de Sheldon o Ruth, vine y puse todo en su sitio, pero también cometí un error; el de no hacer desaparecer esas huellas cuando tuve tiempo para hacerlo. Si abre el sedán, verá que aún quedan residuos de heroína, de polvos blancos de heroína. Y eso es todo lo que puede usted saber, Merrill.

Llevaba razón; el resto tampoco correspondía a los de Homicidios, sino al Departamento de Narcóticos del FBI.

Retrocedí sin dejar de apuntarle hasta el teléfono colgado en una de las paredes, luego de propinarle una patada a la «Luger» que la lanzó lejos de su alcance, y disqué llamando a la policía, con el pensamiento puesto en Ruth Sheldon, la mujer que creía en la culpabilidad de su marido, con respecto a las muertes de Nelly y de

Jo Ann... y que ahora estaba muerto, tendido en el suelo de su propio garaje, con una bala en el corazón, disparada por un hombre que fue o dijo ser siempre amigo de la familia.

No vi a Callender ni a Lancaster en algunos meses; tampoco a Brenda Reed, pero sí mi casa de Camden, adonde regresé aquella misma tarde luego de haber prestado declaración en el precinto de policía, y delante del teniente Kane.

Ahora, dos años más tarde, en Camden, por supuesto, la miro atentamente, como siempre lo hago.

Está sentada frente al espejo, terminando de cepillarse el pelo. Luego se vestirá, y cuando termine, si es que termina alguna vez, nos iremos por ahí, a bailar, a tomar unas copas, para más tarde, ya de madrugada, regresar a nuestra casa.

La miro y, repentinamente, se vuelve y me mira a su vez.

—Estoy nerviosa —dice.

Sonrío.

—¿Puedo saber lo que te ocurre, querida?

—El niño; ya sabes que no me gusta dejarle solo.

Vuelvo a sonreír.

—Jenny es una buena niñera, Ruth. Con ella el pequeño Dan está seguro.

No dice Ruth nada más en unos segundos.

Primero se vuelve de nuevo hacia el espejo y continúa con su pelo, pero luego pregunta:

—¿Sabes una cosa, Joe?

—No, si tú no me lo dices —respondo.

La veo sonreír, siempre está sonriendo ahora.

—Soy muy feliz —afirma—. Tengo un marido al que amo y sé que a su vez me ama, y un hijo de este marido. ¿Qué más puedo pedir?

Doy la callada por respuesta y sigo esperando a que termine con su tocado.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



